

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

CUARTO TRIMESTRE DE 1950

SUMARIO:

ELIZABETH HARDWICK: *WILLIAM FAULKNER Y EL SUR DE HOY* ¶ B. SANIN CANO: *LA MISOGINIA DE NIETZSCHE* ¶ ALFRED POLGAR: *DOS MUJERES DEL REGIMEN* ¶ GONZALEZ VERA: *LUIS EMILIO RECABARREN* ¶ ROBERT GRAVES: *LA RELIGION Y LOS INTELLECTUALES* ¶ MARIO VICUÑA: *CENTENARIO DE UN LIBRO* ¶ JEF LAST: *PAJARO NEGRO* ¶ MAURICIO AMSTER: *EL MEDIARRISA* ¶ JEAN-PAUL SARTRE: *PROLOGO A «EL FIN DE LA ESPERANZA»*

SANTIAGO 56 DE CHILE

LA CIENCIA
PHILCO
 al servicio del hombre

Toda la historia de PHILCO es una ininterrumpida sucesión de aportes valiosos en el campo de la técnica.

PHILCO con sus grandes laboratorios de investigación científica ha logrado la indiscutible supremacía en materia de nuevos adelantos para Radio - Electrónica - Televisión-Refrigeración y acondicionamiento de aire.



el líder en Radio, Refrigeración
 y Electrónica.

TAURUS

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA L'ATELIER

*Huérfanos 714,
 Galería Teatro L'Atelier*

SELECCION DE LIBROS
 ITALIANOS Y FRANCESES

REVISTAS — SUSCRIPCIONES

LIBRERIA DE OCCIDENTE

*Alameda B. O'Higgins 1313
 Teléfono 69649*

Casilla 13324

LITERATURA GENERAL

LIBRERIA CULTURA

Huérfanos 1179

Teléfono 88830

Casilla 4130

**LIBRERIA PLUS ULTRA
 (Ex Librería Ercilla)**

*Agustinas 1639 - Tel. 62222
 Casilla 4655*

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
 DEL SABER HUMANO

EDITORIAL DEL PACIFICO

— S. A. —

Ahumada 57 Teléfono 89166

Casilla 3126

LIBRERIA.—SALA DE
 EXPOSICIONES

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
 GENERAL

LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 Tel. 80504

Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
 LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS
 Y EN LENGUA ESPAÑOLA. TODAS
 LAS NOVEDADES

LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 Tel. 32217

LIBROS TÉCNICOS Y
 LITERATURA EN GENERAL

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES
 NACIONALES Y EXTRANJERAS

**LIBRERIA
 UNIVERSITARIA**

*Alameda B. O'Higgins 1058
 Teléfono 82453*

ORRAS DE ARTE, CIENCIA,
 FILOSOFÍA Y LITERATURA

Colección  *del Olívar*

ACABA DE APARECER LA SEGUNDA EDICION DE

COPLAS

DE JORGE MANRIQUE, EN NUEVO FORMATO DE 11 x 17 CM.
*impresa en papel Ingres italiano, encartonada y con
lomo de pergamino rotulado a mano a dos colores.
Particularmente apropiada para regalo de Pascua.*

Precio \$ 200

PEDIDOS A LA REVISTA **Babel** ALAMEDA 2555, SANTIAGO

A principios de 1951 BABEL publicará un libro de

Enrique Espinoza

El Espíritu Criollo

La prolongada residencia del autor en Santiago ha tenido la virtud de conservar inédito este volumen desde 1938. Sólo en forma incompleta publicóse a lo largo de cinco números de BABEL

Edición limitada de 500 ejemplares

Precio \$ 100

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

AQUI SE CONFUNDE EL TROPEL
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN
Y SE EDIFICA LA BABEL
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

AÑO XI **56** VOL. XIII

SANTIAGO DE CHILE

FAULKNER Y EL SUR DE HOY

UNA DE LAS CARACTERÍSTICAS MÁS REPULSIVAS DE LAS TIRANÍAS ES LA FORMA EN QUE OBLIGAN A LAS VÍCTIMAS DE LA INJUSTICIA A RENDIR HOMENAJE A LOS MISMOS QUE LOS MALTRATAN. LOS GLADIADORES ROMANOS SALUDABAN A LOS EMPERADORES QUE, PARA DIVERTIRSE, IBAN A HACER MORIR A LA MITAD DE ELLOS. DOSTOIEVSKI Y BAKUNIN, CUANDO ESTUVIERON EN LA CÁRCEL TRATABAN DE PENSAR BIEN DEL ZAR NICOLÁS. LAS PERSONAS QUE LIQUIDA EL GOBIERNO SOVIÉTICO HACEN CON FRECUENCIA CONFESIONES ABYECTAS DE SU CULPABILIDAD, MIENTRAS QUE LOS QUE ESCAPAN A LAS PURGAS SE DEDICAN A UNA NAUSEABUNDA ADULACIÓN Y NO ES RARO QUE HASTA INTENTEN INCRIMINAR A SUS COLEGAS. UN RÉGIMEN DEMOCRÁTICO PUEDE EVITAR ESTAS FORMAS DE DEGRADACIÓN DE LOS INDIVIDUOS Y PUEDE CREAR EL AMBIENTE NECESARIO PARA LA CONSERVACIÓN DE LA DIGNIDAD. PERO TAMBIÉN ES POSIBLE QUE HAGA JUSTAMENTE LO CONTRARIO.

BERTRAND RUSSELL

HAY probablemente muy pocos novelistas norteamericanos que no hayan envidiado, en sus horas de desaliento y esterilidad, la demencia genial de Faulkner. El es uno de esos que en un sentido romántico se hallan realmente poseídos por su genio, pues tiene la facultad de sumergirse por entero no sólo en el proceso de la creación literaria, sino también en el propio mundo creado y poblado por su imaginación. Cree en ello por entero con una fe concreta y asombrosa, que hace del mapa del distrito novelesco de Yoknapatawpha no una fantasía sino una realidad. Henos aquí ante un hombre que puede salir de paseo una mañana y mostrarnos el sitio donde Wash Jones mató a Sutpen, o visitar la finca de Compson, la misma por la cual Jasón I le trocó al cacique Ikkemotubbe un potro de carrera.

Faulkner realiza a la perfección el ideal que todo escritor joven se forja del artista: todo lo ha hecho por sí mismo, en la soledad, lejos de Nueva York, pese a los críticos, a las modas, a los órganos de camarilla, y a los pedantes: un genio de la naturaleza, un hombre aparte, seguro de sí mismo magníficamente alucinado, tal como nos imaginamos que debe ser todo artista. Y qué hombre más feliz no ha debido ser en su vida, pues qué otra cosa se revela sino es el furioso éxtasis del triunfo del arte sobre la existencia del artista en esas extraordinarias observaciones que hizo en relación con los caracteres de su obra *The Sound and the Fury*?

Ahí nos cuenta que Candace, la heroína de una de sus novelas publicada en 1929, desapareció en París durante la ocupación alemana en 1940, y que seguía muy bella y sin envejecer. Naturalmente, está loco; una vez que hemos dado vuelta la última página del libro, recordamos que no hay tal Candace, ni tampoco un Jasón, que siga viviendo hasta una agria madurez, y que vuelva a aparecerse por el porche de la casa en compañía de la "corpulenta, feúcha y colorina" querida que se trajo de Memphis. Con todo, no podemos dejar de envidiar a un escritor que se deja embaucar con tal esplendor; sentimos que una irrevocable vocación artística debe ha-

cernos indiferente a la realidad; que la obra de creación artística debe servir de bálsamo al sufrimiento de un amor desgraciado, sacarnos a flote en una depresión mental, y compensarnos por las deficiencias personales, y en tal sentido casi no hay artista que no se esfuerce desesperadamente por alcanzar esa fantástica identificación con su obra y sus personajes, esa prodigiosa interpenetración con la imaginación que se halla simbolizada en el pequeño mapa de Faulkner con una precisión y una sencillez casi imposible de creer. Porque no hay más que esto, o el lento y penoso trabajo consciente, o la demencia de Faulkner, amplia y suficiente para sus propios fines, o algo que en lo íntimo estimamos su inferior: autobiografías, estudios sociales, las cosas netas, "lo que es interesante pero no creativo".

Las limitaciones de Faulkner, su lenguaje recargado, su ofuscación, están a la vista de todos. Es fácil, aunque imprudente, para Clifton Fadiman satirizar una de sus obras más brillantes, diciendo que uno puede resumir la sustancia y el estilo de ella con afirmar que cada personaje en *¡Absalón, Absalón!* llega a un final desastroso, y que se tarda demasiado aun en recorrer ese camino, o mostrarse pesimista en cuanto a su obra sospechándola de fascismo, como lo ha hecho Maxwell Geismar, al denunciar su capacidad de odiar y su amor del pasado como una amenaza para el sistema político de los Estados Unidos. A pesar de todo, sus seis o siete magníficas novelas se abren paso, y siempre hay alguien que afirme que Faulkner es nuestro más grande novelista viviente, y lo dice en tono de desafío, como a la espera de que otros lleguen a agredirlo por ello. En realidad, la reputación de Faulkner es singularmente incompleta, no reconocida por las autoridades ni catalogada. Como ocurre con esos retazos de paisaje tan famosos como conmovedores, casi no hay quien no le admire, pero nadie ha logrado decir algo memorable o impresionante acerca de él.

Uno no sabe si lamentar o celebrar que hasta el mismo Faulkner, el hechizado, el escritor legendario, no haya podido escapar para siempre del verdadero Mississippi. Su última novela, *Intruder in the Dust*, es sorprendente: es un panfleto, una obra polémica, hasta es a su manera una "novela de ideas". No es lo que esperábamos, pues en ella el autor se presenta como un ermitaño, necesario y perfecto para nues-

tros sentimientos de gentes de ciudad, un ermitaño que por casualidad hubiese echado un vistazo al periódico del día, y sintiéndose molesto por las condiciones en que se halla el mundo, bajara corriendo de su retiro montaños para ponerse a discursar en la plaza del pueblo. Es un libro inferior a los anteriores, pero siempre absorbente por ser parte de su obra, y porque revela la desesperación de su condición presente al ver desvanecerse su inspirada demencia pretérita, dejándolo a él igual que a todos los demás, vacío e incierto. no menos desalentado y perplejo por el presente que por el pasado. La debilidad de *Intruder in the Dust*, el temor y la desesperanza están íntimamente relacionados con el futuro de la carrera literaria de Faulkner, una carrera que exige la existencia de una entidad como el Sur de Estados Unidos, y no meramente una porción geográfica y un acento en el lenguaje, sino una unidad razonablemente autónoma dentro del país. Una especie de rama de la familia que demuestre estar siempre pronta y aun con cierta cordialidad, a aceptar la existencia de la comunidad vecina y cooperar en las obligaciones comunes de limpieza y del tránsito; pero, aparte de eso, una entidad única y separada, a la que no hay que reprender o aconsejar, o lamentar por lo que ocurra en su vida interna.

El esquema de la novela es brillante: un negro ya viejo, Lucas Beauchamp, un hombre huraño, "no arrogante ni desdenoso, sino más bien despegado y calmoso", se acusa él mismo de asesino con miras a que lo lynchen sin culpa alguna a fin de juntar su sangre a la que ya mancha el honor del Sur, y mostrar con esto su supremo desdén por sus opresores. Su plan fallido por la intervención de varios hombres blancos que sienten una intensa necesidad de evitar su martirio, y no solamente en interés de Lucas, sino en su propio interés como gente blanca que ha sufrido ya toda la vergüenza que se siente capaz de soportar. Lucas, como personificación de la raza negra, ha terminado por conquistar el Sur al poner en la conciencia de los blancos una intolerable carga de culpabilidad. "Lucas Beauchamp, antes el esclavo de cualquier hombre blanco que pudiera alcanzarle con su ramo de servidumbre, es ahora el tirano que domina la conciencia de los blancos sobre todo el país".

Lo dramático de esta situación consiste en que no se refiera tanto al negro como a la tremenda confusión del Sur

respecto de su culpa y de la confusión que siente ante la acusadora y hostil presencia de los negros, cuyos sufrimientos les han dado inmenso orgullo y dignidad, esto es la superioridad moral de la víctima. Faulkner parece decirnos con ello: hay que salvar al negro, a fin de que los blancos lleguen a ser moralmente sus iguales y rompan la cadena de su terrible error.

La inocencia de Lucas queda comprobada con el testimonio de un muchacho de dieciséis años, Charles Mallison. El chiquillo había estado sintiendo durante años el remordimiento por haberle hurtado parte de su comida en cierta ocasión. Lucas se había negado a aceptar dinero en pago de esa comida, y cuando el muchacho le mandó un regalo de Navidad, el negro se apresuró a corresponderle con un gran jarro de arropo. Charles quiere restablecer su posición probando como testigo la inocencia del negro, pero vuelve a salir frustrado porque Lucas coloca la cuestión de su escapada de la muerte sobre una base mercantil, al insistir en pagarle dos dólares de compensación legal a su abogado, un tío del muchacho, y con ello ha repudiado la tentativa del otro de ponerse al mismo nivel moral con él. El negro sale vencedor; no permitirá que el blanco rebaje en un solo centavo el incalculable monto de su deuda.

Vista a través de los ojos del muchacho, esta situación expresa mucha sutileza, pese a la disparatada improbabilidad de algunas de las imaginaciones de Faulkner, las cuales incluyen el robo de cadáveres y la desaparición de otros en forma que recuerda más bien a Tom Sawyer y el Indio Pepe, que la trágica bacanal que se insinúa en la historia de Lucas. Y luego, la historia abandona de repente a Lucas y al muchacho y pasa a ocuparse del tío abogado de éste, el que también aspiraba a salvar al negro. El abogado dispara tremendas tiradas, en que el absurdo y el mal gusto rivalizan (la raza negra lleva allí el nombre colectivo de Zambo). Esos discursos tienen una descarada intención de sátira política. El Sur "no debe defender a Lucas, ni aun a la Unión o los Estados Unidos, sino a los Estados Unidos contra la intrusión de los extraños del Norte, el Este y el Oeste, los cuales con la mejor intención del mundo están procurando dividirnos en una época en que nadie se atrevería a intentar una separación por medio del uso de leyes federales y de la policía federal con

el fin de abolir la vergonzosa condición de Lucas". Y añade en seguida: "Estoy defendiendo a Zambo contra los intrusos de fuera que pretenden echarlo décadas hacia el pasado en brazos no sólo de la injusticia, sino también de la miseria y la violencia, al obligarnos a obedecer leyes basadas en la idea de que la injusticia de unos hombres contra otros puede ser abolida de un rato para otro por la policía". Y por último: "Todo lo que digo es que la injusticia es nuestra, del Sur. Debemos expiarla y abolirla nosotros mismos, solos y sin la ayuda ni siquiera el consejo de nadie".

Faulkner reconoce la victoria moral del negro sobre el Sur, admite y desea su completa igualdad cívica. "Llegará un día en que Lucas Beauchamp votará cuando y dondequiera que vote un blanco, y enviará sus niños a la misma escuela donde el blanco mande a los suyos, y viajará dondequiera que vaya el blanco". Faulkner desprecia como siempre al depravado asesino de los lynchamientos, el Percy Grimm que mató y mutiló a Joe Christmas, y cuyo retrato Faulkner trazó con un odio apasionado que no recuerdo haber visto en ningún otro escritor.

Esta percepción de la final emancipación del negro es real e histórica, un hecho y una victoria que solamente los stalinistas y ciertos liberales sienten la necesidad de aminorar. La sádica pasión que esas gentes sienten en desconocer cada victoria del negro en Estados Unidos, profetizando al mismo tiempo injusticias peores contra él, es una de las más detestables aberraciones de su mentalidad. Uno no puede dejar de creer que desean la violencia con miras a probar que ellos estaban en lo cierto, tal como ciertos maniáticos, frente a la exasperante lógica del médico, desean que al día siguiente les aparezca una tremenda herida que venga a comprobar la existencia de sus imaginarios atacantes. Y cuando los negros se convierten al comunismo, ¿no es sencillamente que se han dejado seducir por sus propios infortunios, ya que en ninguna ocasión se oye tanto hablar de lynchamientos, segregación de razas y otras pruebas de la malevolencia del blanco como en las reuniones de stalinistas y negros? Uno no se cansa jamás de "exhibir" delante del otro una interminable crónica de peligros pretéritos y venideros, como si el negro no los conociera bastante, y tuviera que probarlos de nuevo, tocándolos

y bañándose en ellos una y otra vez hasta que ambos caen en un delirio de indescriptible perversidad.

Las mejores intuiciones de Faulkner tienen algo que ver con ese fenómeno, y hay por lo menos una cierta medida de verdad psicológica en su sentir de que una región sureña cruel y abandonada es necesaria a la idea de la nación norteamericana que se tienen formada ciertos individuos de izquierda. Esta intuición es parte del motivo que le lleva a decir que el Sur debe estar en libertad de redimirse sólo. Desgraciadamente, no le bastó su percepción psicológica, sino que había de ponerse a imaginar un código de derechos estatales, que proclame el derecho del Sur a manejarse sólo y a no recibir consejos de nadie, un desahogo panfletario que falsifica y degrada su hermosa comprensión del moral dilema en que se halla todo decente y emancipado individuo del Sur.

Creo que es compelido a ello no sólo por un intenso amor del Sur sino también por el hecho de que ha perdido la fe en el Sur como una región aparte; para restablecer su fe no le queda más que imaginar una separación mística con el Norte, desde que su necesidad de justicia no tolera un Sur único a causa de su brutalidad hacia los negros. Necesita creer que el sureño de hoy sigue apegado a su historia, todavía condenado románticamente a su perdición, incapaz de olvidar la antigua vergüenza, un orgulloso y acosado fantasma del ayer. "Para cada muchacho sureño en su adolescencia, renuévase más de una vez aquel instante en que no eran todavía los dos en aquella tarde de julio de 1863, cuando las brigadas estaban formadas detrás de la verja, las cureñas estaban en posición en el bosque y las banderas comenzaban ya a ondear en el viento, cuando el propio Pickett con sus rizos bien aciñados y el sombrero en una mano y la espada en la otra, tenía la mirada fija en la colina por donde esperaba ver aparecer a Longstreet con la orden de marchar..."

Pero eso es imposible de imaginar; es pura literatura, oratoria, históricamente absurdo del punto de vista de la nación de hoy. Y es al mismo tiempo inconcebible, como Faulkner sugiere, que los ciudadanos de unos cuantos estados de la Unión estén realmente prontos a arriesgar su vida, sus hijos, su porvenir, sus recursos y ni siquiera su tiempo en una seria y desesperada revuelta contra la voluntad de la nación, con la cual se hallan vinculados y de la cual necesitan tanto

como otro cualquiera. Es mero romanticismo, o una parada de cowboys, pese a la elección de Talmadge como gobernador de Georgia, y pese también a las rechiflas y fanfarronadas de los Dixiecrats, o demócratas disidentes. Los alaridos de los rebeldes en la radio no pasan de ser una farsa que se burla de sí misma. Es la etapa final y no el comienzo de algo, el fin del reino imaginario de Faulkner, y él se siente aterrado por ello.

Los negros han emigrado en gran número hacia el Norte, y los que quedan no se sienten ya trágicamente y gloriosamente ligados con los destinos del Sur. Ya no existen Dilseys en nuestros días, ni en el Sur, ni en el Norte, y el macizo y cariñoso memorial de Faulkner para el sirviente negro es no sólo un notable acto de creación sino también una notable contribución a la historia social, un esforzado estudio de una perdida tradición que ha de parecer en un futuro cercano tan rara y arcaica a los americanos como la institución de las dueñas. El blanco del Sur se gobierna hoy por las ambiciones del resto del país, lo cual es lo único que puede invocar si es que ha de sobrevivir y ser parte de la vida contemporánea.

Faulkner ha venido a mezclarse en la presente confusión del país, y con amargura reconoce que ésta no puede ser manejada y ordenada y ni siquiera concebida en la forma íntima y vital en que él sabía usar el pasado. El lenguaje de *Intruder in the Dust* revela fatalmente lo que le ha ocurrido a Faulkner y su visionaria concepción. Ha intentado lo imposible, lo inimaginable al procurar imponer sobre una situación actual las cadencias grandilocuentes de su *¡Absalón, Absalón!*, y no se puede concebir nada más discordante, más estridente e irrealizable. La retórica de esa sombría maravilla no puede conferir grandiosidad épica, un despliegue apasionado, a su parábola del presente. Aquí todo es pequeño, real y práctico. Lo que oímos, a pesar de todos los esfuerzos para disimularlo, no es ya la vieja música faulkneriana, sino los agrios rezongos y quejas de un escritor que protesta contra la calidad de su nuevo, urgente y difícil material.



LA MISOGINIA DE NIETZSCHE

SIN DUDA en horas de solaz, un cronista americano, atento siempre a la turbulenta y confusa carrera de las ideas en la prensa contemporánea, hizo tema recientemente en una de sus gratas expansiones, de la frase de Nietzsche sobre la necesidad de proveerse de látigo para ir a las mujeres. Según el cronista, la frase es objeto de alteraciones en su paso por artículos de periódicos y ensayos más pretenciosos. El la da en esa forma: *Wem du zum Weibe gehst, vergiss die Pietsche nicht*, palabras alemanas sin duda, pero faltas de sentido en la adulterada combinación de que forman parte. Acaso el cronista tuvo la intención de poner *Wenn* allí donde dice *Wem*, y en ese caso las dos proposiciones de que se compone la sentencia adquieren sentido cabal, pero difieren en la forma, substancialmente, del original y del estilo de Nietzsche. "En una versión", dice el cronista, han hecho interrogativa la sentencia, condensando la premisa: "¿Vas con las mujeres? No olvides el látigo". Pues, en efecto, es así como viene en la primera y en la segunda edición de "Lo que dijo Zaratustra": *Du ghest zu Frauen? Vergiss die Pietsche nicht*. No han falsificado la forma de esta sentencia quienes en alemán o en otra lengua la pusieron en forma interrogativa. Tanto era Nietzsche aficionado a las interrogaciones cuanto enemigo de los "porqués", y la misma forma condicional es rara en temperamento tan afirmativo y vehemente como el suyo.

Esa máxima pertenece a un apólogo de la obra citada, en que el poeta dialoga con la "mujercita joven y vieja", y recibe de ella ese inesperado consejo. Si así entendemos lo dicho, parece como si Nietzsche hubiese querido expresar en esa ocasión el sentir de una mujer sobre las otras mujeres, más bien que su manera propia de sentir acerca del otro sexo.

Esto no obstante, de esa frase hacen uso a menudo los que han leído a Nietzsche fragmentariamente, los que no han seguido al por menor las curiosas y en ocasiones trágicas alternativas de su vida, para representarlo en la posición inhumana y poco elegante de misógino convencido.

Nietzsche, a pesar de las citas invertebradas que se hacen de sus obras, a pesar de su predilección por la soledad de los

paisajes montañosos, no fué un misógino, en el rigor del concepto. Es verdad que tampoco sería justo pintarle como un decidido feminista. Fué todo menos un espíritu sistemático, y dijo claramente en "Allende el Bien y el Mal" que los hombres de sistema carecían de rectitud. Hablando del pesimismo como doctrina filosófica, desconoció la competencia del intelecto humano para sentenciar en el pleito que mantienen los que reconocen al mal por dominador irresistible de la vida, y los que sin hacer uso de muchas filosofías ponen en el bien toda su esperanza y consideran la vida como el mayor de los bienes. La razón que invoca es irrefutable: siendo juez y parte, el hombre no puede emitir opinión imparcial sobre materia de tanto predicamento.

Así como no fué pesimista y basó la filosofía de la vida en la voluntad de poder, tampoco fué un misógino ni en la teoría ni en la práctica: por su vida pasaron muchas mujeres, y con alguna de ellas, Lou Salomé, habría ligado su suerte, si un suceso en apariencia insignificante no le hubiese enseñado que no eran, ni sentimentalmente ni del punto de vista de la inteligencia, la una para el otro. Malvida de Meysenburg, rusa de altas virtudes mentales, de carácter adamantino y corazón tiernísimo; Cósima Wagner, digna esposa del genio auditivo más poderoso de su siglo; la señora Ritschl, cuyo esposo fué maestro y valedor del joven Nietzsche; la cantatriz Eduvigis Raab, y una hermosa holandesa innominada y fascinadora, de quien se prendó Zaratustra con tan vertiginoso afecto, que a pesar de su timidez incorregible ante el bello sexo, le ofreció su mano a poco de conocerla en Ginebra, sin saber que ella no era libre, pasan por la atmósfera electrizada de su vida afectiva, no sin dejar estelas de bólido. En su familia inspiró ternuras y amor reverente. Quiso a su madre con la plenitud y vehemencia que solía poner en sus sentimientos, y además con una dulzura que pugnaba con la aparente ferocidad de sus doctrinas. Su hermana Elizabeth tuvo por él una pasión admirativa, de que hay testimonio en la minuciosa y apasionada biografía del filósofo que lleva su nombre de autora.

La misoginia de Nietzsche la han inventado y han querido explotarla los antifeministas de uno y otro sexo. Creía en la mujer y admiraba, sin dejar de comprenderla, a la madre del género humano; pero no tuvo fe en las médicas, ni

en las profesoras de filosofía ni en las acróbatas de varias especies que pululan en el circo de las vanidades, y mucho menos en las sufragistas. Alguna limitación había de tener aquel cerebro donde cupieron todas las ideas y todas las contradicciones. Sin embargo, señalaba entre los dos sexos una substancial diferencia no en lo afectivo como suelen hacerlo algunos sociólogos, sino en lo cerebral y afirmaba que el talento, es decir la comprensión (*Verstand*) es cosa más femenina que propia del hombre. En la comprensión están incluidas las virtudes de la prudencia, la sagacidad, la astucia, propias de la mujer. La tontería, cualidad fundamental del sexo masculino, es extraña, de acuerdo con las teorías de Nietzsche, a la naturaleza femenina. En vez de talento y prudencia, los rasgos fundamentales de la inteligencia masculina son la genialidad y la pasión. Cuando la mujer nos parece tonta es porque le faltan los distintivos espirituales propios de su sexo, al paso que el hombre, poseedor de mero talento, se inclina siempre a las tareas minuciosas, a la especialidad y al "cominerismo".

★

DOS MUJERES DEL REGIMEN

I

EL ESCENARIO es una sala de mediano tamaño con dos ventanas. La corte está sentada detrás de unas mesas llenas de libros y papeles. Hay muchas filas de sillas ocupadas por periodistas y público en general. Los fotógrafos se mueven rápidamente con sus cámaras dentro del contorno, a pesar del apretujamiento. Las dos ventanas están cerradas. Una salamandra encendida expande intenso calor. Toda la sala está pasada de transpiración.

En una butaca frente a la mesa de los jueces está sentada la protagonista del drama. Es la doctora Matilde Frieda Carolina Ludendorff, viuda del derrotado comandante en jefe de los ejércitos alemanes en la primera guerra mundial. Aquí, ante una de esas llamadas *Spruchkammer* —"corte de desnazificación"—. Frau Ludendorff, universitaria y filósofa, debe defenderse a ella misma del cargo de haber contribuido materialmente al programa del Nacionalsocialismo y a la barbarie y brutalidad de sus compatriotas.

Lugar: Munich.

Tiempo: presente.

La acusada tiene setenta y dos años y, por tanto, el pelo gris y usa anteojos. Su apariencia no acusa nada notable. Y hasta el escrutinio más prevenido fallaría en descubrir el menor rasgo distintivo en ese rostro absolutamente neutro. Con la cédula de identificación de Matilde Ludendorff cualquier mujer de su edad, en Alemania, podría trasladarse impunemente de un lugar a otro. Poco aire militar tiene la mujer del general, fuera tal vez de su sombrero negro de ancho borde que algo tiene de casco de paño.

Cuando el presidente de la corte se refiere a la acusada usa la forma más impersonal y extraña —*die Betroffene*— "la parte concerniente". La vergüenza e intimidación que tal palabra alemana despertaba en otro tiempo, Frau Ludendorff no la refleja en lo más mínimo. Metida en la impenetrable confusión de sus doctrinas y "descubrimientos", ella es una prueba contra cualquier objeción. Incansable peroradora, su

voz no se debilita durante las interminables arengas que libra (no puede decirse lo mismo de la atención del público).

De tiempo en tiempo, cuando ella misma es su tema, hay un trémolo emotivo en su voz; de lo contrario ésta es pareja, desapasionada, no inhibida por la serie de absurdos llamada a enunciar. Usa un vocabulario escogido; pero su modo de hablar es el de la especie de los oráculos de Rummelplatz. Es evidente que Frau Ludendorff está acostumbrada a un público incapaz de discriminar entre lo necio y lo sensato; un público pronto a tragar esa bazofia mental que ella le ofrece. Al meter esa misma bazofia sistemáticamente, los nazis probaron que era notablemente eficaz para transformar a los hombres en bestias.

Entre las doctrinas que Frau Ludendorff, esa buscona de Dios, predicó a su gente (y en parte utilizó ante la *Spruchkammer* de Munich) estaban las siguientes: los banqueros judíos de América dieron a Hitler cientos de millones de dólares para que alcanzara el poder y destruyera a Francia en beneficio de sus satánicos proyectos financieros. Los judíos fueron culpables de la muerte de Lutero, Lessing, Mozart y Schiller. Los judíos enseñaron a los estudiantes germánicos a embriagarse para anular la fuerza y vitalidad de la juventud alemana y los conventos dieron su apoyo al establecer destilerías y fábricas de cerveza.

Pero Frau Ludendorff no era la única en dominar este asunto, sus consejeros legales no carecían tampoco de originalidad, pues uno de ellos declaró ante la *Spruchkammer*: "Sabemos hoy que el estallido de la guerra mundial de 1914 fué decidida en un Congreso de judíos y masones en 1889; se fijó el año 1914 porque su suma cabalística era particularmente favorable para el establecimiento del judaísmo internacional en todo el mundo".

Hay muchos que piensan que Frau Ludendorff cree lo que dice y escribe; de ello infieren que tiene sorbido el seso. Mas otros sostienen que se trata de una criatura perversa poseída del odio y de una vanidad que estimula sus facultades inventivas. Probablemente lo correcto sea el justo término medio. Sea como sea, después de la primera guerra mundial se vendieron ochenta mil ejemplares de la obra (en diez volúmenes! *Von heiligen Queel deutscher Kraft* ("La sagrada fuente del poder germánico"), por Matilde Ludendorff. Sólo

la escasez del papel impidió el aumento de aquella tirada. El número de adherentes a su "idea populista" era y es todavía de varios cientos de miles. Todo ese buen pueblo alemán, tras de haber tragado tal mixtura que fermentara Frau Ludendorff encontróse apto para el mismo pensamiento: perpetrar o asistir con el máximo apoyo a la perpetración de aquellos hechos que han convertido el nombre alemán en algo repugnante al olfato de Dios y de los hombres.

Durante las pocas horas que pasé como espectador en el proceso de la Ludendorff no pude desprenderme de un sentimiento de opresión, sólo en parte achacable al infernal calor de la salamandra. Luego, al seco aire refrescante del plácido otoño, dí al fin con el motivo de aquella opresión. Era un *proceso de brujería* el que había presenciado en esa mediana sala de Munich; un proceso de brujería en el que acusado y acusador intercambiaron en cierto modo sus papeles. Ahí estaban los magistrados ignorantes de la existencia del diablo, mientras la acusada persistía en afirmar su realidad a través de sus siniestros misterios. Ahí estaba la corte que nada sabía de las artes infernales del diablo contra el alma y el cuerpo de la cristiandad, en tanto que para ella eran tan familiares como el catecismo para la gente piadosa. Ahí estaba la acusada demostrando a jueces dubitativos su intercambio —aunque hostil— con el demonio y los espíritus malignos que se le presentaban bajo el disfraz de "poderes cosmopolitas".

Olía eso a inquisición y a hoguera, si bien el inquisidor debido a un descuido, sin duda, no estaba sentado en el sillón del juez sino en el del acusado. La época era la actual. ¿Montan aun hoy las brujas sus escobas?

El 5 de enero de 1950 Matilde Ludendorff fué sentenciada a dos años de trabajos "especiales" y a la confiscación de sus bienes. Continúa publicando en Stuttgart la revista *Der Quell*, con la que prosigue su obra educacional y filosófica.

II

Ese mismo día otro proceso tuvo lugar en Munich. Esta vez en una verdadera corte. Frau Leni Riefenstahl, columna cineástica del Tercer Reich, al que había unido su suerte para bien (y no para mal). Sintiendo dañada su reputación por un

artículo de prensa, habíase presentado a la justicia en demanda de una reparación legal. La atmósfera regocijante que prevalecía en esta sala contrastaba en forma placentera con la espectral lobreguez del otro proceso.

Cuando llegué debatíase la cuestión de si, como afirmaba el artículo de prensa, Leni Riefenstahl había escogido ella misma a los gitanos de un campo de concentración para usarlos como extras en su film *Tiefland* o alguien lo había hecho por ella. Las opiniones diferían. Sin embargo, nadie ponía en duda que esos gitanos —mujeres y niños entre ellos— poco después de haber contribuído a la gloria cineástica de Leni Riefenstahl fueron enviados a las cámaras de gases. Pero la mención de tal detalle —fuera del temario referente a la querrela— no enturbiaba la grata atmósfera del proceso. Después de todo, no dejaba de tener gracia el que prisioneros de un campo de concentración se desempeñaran como extras en una película. Testigos de mala memoria hicieron declaraciones que desembocaban en situaciones cómicas, provocando sonrisas en toda la sala y hasta en la propia Leni Riefenstahl. Cuando ésta sonreía su perfil de pájaro perdía un poco su dureza. Con todo, aun en esos momentos de regocijo su postura no perdía nada de su frialdad. En otro tiempo había hecho algunas películas con escenarios de nieve y de hielo. Tal vez esto explica la presente frigidez de su rostro.

En seguida se habló de los cuatro y medio millones de marcos gastados en la producción de *Tiefland*. Algunas de las cosas que se dijeron a este respecto hicieron tomar a Frau Riefenstahl una actitud desafiante. Pero, en verdad, no tenía motivos para enfadarse. Todo el mundo mostrábase amabilísimo con ella, hasta su contrincante, y hasta su juez. Toda la corte oyó con simpatía cómo sólo la intervención del Fuehrer la había protegido contra las intrigas de Goebbels. Porque el Fuehrer tenía puestas grandes esperanzas en Leni Riefenstahl y Leni Riefenstahl tenía puestas grandes esperanzas en el Fuehrer. Ella visitaba con mucha frecuencia a Hitler (es lo que sugirió en su discurso, al menos) pues él necesitaba de su talento y estaba siempre a sus órdenes cuando ella lo necesitaba.

Cada vez que pronunciaba el nombre de Hitler —y lo hacía a menudo— era como si algo dulce se deshiciera en su boca. Para Goebbels sólo tenía palabras de resentimiento. Este ha-

bía prestado siempre oídos sordos a sus proyectos. Era incomprendible, pero no se había mostrado amistoso en ninguna ocasión. ¿Por qué? ¿Por qué ella, entre todas las encantadoras damas de su corte cinematográfica era objeto de tal trato? Si ella lo sabía, no lo dijo.

El proceso terminó con la condena del periodista Dr. Kindler a una multa de seiscientos marcos, pues dos de las muchas acusaciones que le hiciera en su artículo no había podido demostrarlas enteramente.

A nadie debe inquietar el porvenir de Leni Riefenstahl. Su bolso —por lo menos así lo dijo— estaba lleno de contratos de productores extranjeros de la Argentina y de España, sin ir más lejos.

El nimbo de la Alemania de ayer era suyo y le procura en la Alemania de hoy ocupación, respeto y éxito. Sus excelentes relaciones nazis asegúranle iguales excelentes relaciones con sus sucesores. Todo esto es muy simple porque muchos de éstos son idénticos a aquéllos. Si han renunciado a sus posiciones anteriores sólo es para abrirse camino en las actuales.

Nadie se rió cuando el abogado de la demandante en el proceso contra el Dr. Kindler gritó: "¡Nuestro país puede estar orgulloso de Leni Riefenstahl!"



LUIS EMILIO RECABARREN

A Jorge Jiles

ENTRÉ A "La Federación Obrera", diario fundado por Recabarren, que era su administrador. Víctor Cruz lo dirigía. Todos los obreros sindicalizados habían aportado su cuota. Asumí el cargo de secretario de redacción. El diario llegaba a todos los pueblos. En las ciudades principales, para romper la apatía de los suplementeros, que venden los periódicos solicitados, Recabarren formó un cuerpo de vendedores que seleccionó entre los cesantes, los cuales llenaban las calles de Santiago y vagaban, miserables, sin destino posible.

La imprenta ocupaba un caserón viejo en Agustinas con Tenderini. Componíase de una corrida de cuartos, en el lado izquierdo, en los que se instaló la redacción y se dió morada a los cuidadores, y de un gran patio a la derecha que terminaba en otra fila de cuartos. En esos se estableció la administración y se montaron los talleres.

Al centro había un pasillo amplio. Al atardecer afluían dirigentes, simpatizantes y curiosos que formaban una tertulia animada. La Federación tenía su secretaría en un altílo del lado derecho, con puerta a Tenderini. Allí trabajaba Carlos Alberto Martínez, experto oficinista, poco hablador, redactor permanente de circulares para los innumerables consejos obreros del país.

Cruz venía en la tarde. Sandalio Montenegro, que se consagraba a la crónica sindical y a las noticias de provincia, escribía desde la mañana con su caligrafía clara. Víctor Cruz era a ratos hombre enérgico, muy activo, pero le agradaba más pasar sentado, contando ocurrencias graciosas y fumando.

Luis Emilio Recabarren era pura actividad. No sabía estar quieto. Llegaba a las siete de la mañana a revisar cuentas, contestar su correspondencia, muy copiosa; escribir breves artículos, o poemas, asaz impoéticos, que concebía de una sentada, para que los lectores cantasen con melodías populares.

En sus escritos siempre quería fijar cualquier idea útil. Era rara la mañana en que no compusiera una columna. Además revisaba la prensa socialista del extranjero y extraía

lo digno de reproducirse. Si daba con un articulillo contra los anarquistas, hacíalo imprimir dentro de un marco negro.

Después de las diez iba a la Cámara. En la tarde también solía trabajar una horita antes de irse a las sesiones. Era muy sobrio. Tomaba once en el Congreso y no probaba bocado hasta el día siguiente. Entonces el comedor de los diputados podía competir con el mejor restaurante de la ciudad. Nada faltaba y todo, gratis, estaba a disposición de los parlamentarios y aun de las personas que éstos invitaban. El gasto anual era digno de consideración.

Recabarren hablaba a menudo. No era brillante, ni elocuente, pero sabía hablar, disponía de muchos recursos, conocía las matices del idioma, se hacía oír y convencía. Creo que durante su vida de diputado no tuvo incidente alguno ni empleó ningún insulto.

Al anochecer volvía a la imprenta y se sumaba a la tertulia del pasillo. A esa hora acudía también Lafertte, tipógrafo del diario; Conelli, ayudante de la administración y otros obreristas. Recabarren contaba lo ocurrido en la Cámara y hablaba de todo, nunca en balde, porque a todo le hallaba partido. Hasta para reprochar a una persona sabía hacerlo de manera que aquella no reaccionara en demasía. Su tono era entre serio y festivo, con una miajita de ironía. No le ví jamás formalmente enojado. La idea de convencer era en él muy fuerte.

En esas charlas proponía tal o cual cosa, como al boleó, para que las hiciera suyas quien quisiera.

—¡Cuánto mejor no sería que muchos compañeros desocupados, en vez de permanecer aquí, donde las posibilidades de trabajo escasean, se fueran a los pueblos, en los que encontrarían una manera de vivir y podrían vigorizar los consejos de oficios varios o crearlos!...

Así daba sus órdenes.

A los dos meses se advirtió gran actividad sindical en el sur y en varios pueblos del norte chico. Los cesantes que recogieron sus sugerencias, los más, habíanse ido a pie y después de una o dos semanas de camino, ya establecidos, trabajaban y daban impulso a los consejos obreros. No pocos figuraban de secretarios o tesoreros.

Otras insinuaciones suyas, la de construir locomotoras en Chile, por ejemplo, hechas en la tertulia, de paso, eran llevadas a la Junta Provincial o al sitio en que podían tener

efecto. Su poder moral era grande. Los obreros, sobre todo los venidos del Norte, venerábanle. Bastaba su tono persuasivo y sugerente para que muchas insinuaciones suyas se materializaran en diversos lugares. Con los intelectuales obreristas las relaciones eran menos sencillas. El odiaba la discusión y la habladuría teórica. Sospechaba que aquéllos, por definición, son disolventes y escépticos.

Se iba a su casa poco después de las nueve, salvo que estuviese invitado a una fiesta o acto sindical. No asistía al cinematógrafo ni a ningún teatro. Tal vez los considerase placeres viciosos o burgueses. Toda su vida y todas sus horas eran para la política y la organización obrera.

Los domingos solía ir a los pueblos de los alrededores para hablarle al campesino. Allí empleaba otro lenguaje. Nada de socialismo ni de revolución social. Se contentaba, usando las palabras más usuales, con pedir al hombre de la tierra que bebiera menos, pegara menos a su mujer y educara a sus hijos. En la segunda plática le proponía la idea de asociarse. En las ciudades exigía más organización, más diputados obreros, más periódicos, más cotización y lucha contra la burguesía y contra los curas y revolución cuando se pudiera.

Sus relaciones eran muy variadas. Solían visitarle hasta oficiales de carabineros, y no para detenerle, como le ocurría durante tantos años en el norte, sino para conversar amistosamente.

Recabarren era bajo, muy cabezón, con el rostro alargado y los párpados superiores algo caídos. Su mirar era firme y penetrante. A ratos asomaba en él la picardía. Tenía un vago aire de pastor protestante. Era largo de cuerpo y corto de piernas. Cuando estaba sentado parecía hombre alto. Su movimiento de cabeza era curioso. No la alzaba rectamente sino moviéndola a izquierda y derecha. Esta costumbre suya debió de servir de pretexto, en su juventud —al iniciarse en el Partido Demócrata— para que le aplicaran el apodo de Tío Cabro, y no la circunstancia de que entonces usara, fuera de bigote, una mosca. Al andar hacía lo con paso corto y rápido. Se partía el cabello, ya un tanto canoso y no poco hispido, al lado.

Recabarren era fundamentalmente serio. Víctor Cruz, diputado también, gozaba haciéndole pequeñas bromas. Recabarren, al penetrar en la redacción y verle sentado, fumando, decía:

—¡Flojo!

Cruz replicaba:

—¡Se equivoca usted! ¿Quiere oír el discurso que estoy escribiendo?

Cogía una hoja y leía ante Recabarren, que guardaba un silencio desconfiado: "Cuando la sangre de la burguesía forme un inmenso lago, el proletariado podrá establecer el régimen de sus sueños", etcétera.

—¿Le parece bien este principio?

—¡Ocioso! —exclamaba Recabarren, abandonando la redacción.

Como éste no cesaba de afanarse y trabajar, Cruz inventaba tretas para sacarle de quicio. Llamaba a un grupo de cesantes y les pedía que cantaran. Estos en el acto elevaban sus voces:

"Recabarren y el aeroplano..."

Recabarren aparecía en su puerta, con la cabeza inclinada y, mirándoles por encima de sus anteojos, hacía les callar. Me quedó la curiosidad de conocer los demás versos, escritos, quizá, por algún admirador pampino.

Recabarren venía de la clase media pobre. Su padre estudió medicina, hasta tercer año. En la guerra de 1879 fué médico del ejército. En su casa sólo había libros piadosos y de medicina.

Luis Emilio Recabarren estudió en escuelas de congregaciones, donde debió aprender los primeros rudimentos de tipografía; al producirse la revolución contra Balmaceda, se alistó en el ejército opositor, formado por hijos de banqueros, retoños de hacendados, gente de iglesia y marinos titeres. Apenas caído Balmaceda, Recabarren abandonó sus ideas religiosas. En su trabajo de tipógrafo empezó a leer literatura socialista y anarquista, pero en su hogar no declaró sus nuevas ideas ni combatió las de su familia. Aunque se hizo demócrata, partido que a fines del siglo pasado era de avanzada, sus aspiraciones iban más lejos. Por intuición fué obrerista. Pasó de una imprenta a otra y siempre tuvo que ver con la edición de periódicos de propaganda. En su adolescencia logró concentrar toda su energía en algo único, absorbente: la elevación de los trabajadores. Desde que concibió esta idea no quiso tener ninguna otra.

El azar, la falta de porvenir en Santiago, le llevó a Valparaíso. A poco de estar allí fue contratado para dirigir un periódico de Tocopilla. Partió al momento.

Recorrió las salitreras hablando sin cesar y alentando a los pampinos a sindicalizarse. Los administradores le prohibieron el acceso. No pudiendo llegar a las oficinas, deteniéndose en un lugarejo llamado Rioseco, entre las estaciones de Pinto y Prat. Viajaba con las maletas llenas de folletos. Dormía en una cueva. Los proletarios caminaban la noche entera para oír sus conferencias. Poco a poco entró allí el socialismo. Como las ideas tienen casi igual poder que la dinamita, vinieron los conflictos para suprimir las fichas, mejorar las habitaciones, abaratar las pulperías y consolidar el derecho de reunión, que estaba a merced del buen o mal criterio de los administradores, e impedir el comercio libre de licores, porque, en Chile, el vino es conservador.

Tanta agitación determinó que se echase en masa a los trabajadores. Estos se fueron por el desierto a contratarse en otras oficinas. Así se propagó el socialismo en la Pampa entera.

Luis Emilio Recabarren fué el espíritu de la Mancomunal. Con él creció, transformó la vida de la Pampa, creó cooperativas, fué prosperando la unión gremial. Fundó la Sociedad Instructiva Obrera para difundir el socialismo. En Iquique editó "El Despertar de los Trabajadores", y en Antofagasta, "El Socialista", amén de otros periódicos de aparición semanal o mensual.

Fué idea suya incorporar a la mujer en la lucha obrera. El tendía a la igualdad de posibilidades y sus palabras llaves eran el bien, la justicia, la libertad, la igualdad. Necesitó de bastante tiempo para gritar ¡viva la revolución social!

Las autoridades y los patrones tampoco se dormían. No perdían ocasión de meterle en la cárcel. Siempre estaba con un proceso encima. Como las prisiones eran sitios sencillamente inmundos, cuando estaba recluso adquiría cuatro platos de fierro enlozado, que llenaba de agua, para montar las patas del catre. Así le quitaba el cuerpo a las chinches. Las costumbres eran más liberales en esos tiempos. Podía escribir desde el encierro a todo el mundo, y preparar conferencias que decía por los pueblos apenas era puesto en libertad.

Su conocimiento del norte era tal que olía el peligro con antelación. Mas, se quedaba allí como haría cualquier buen capitán. Pero mandaba cartas apremiantes a Carlos Alberto Martínez, su mejor corresponsal, para que éste anticipara por la prensa lo que podía sobrevenir. Logró detener así varias maquinaciones.

Allí a veces los procedimientos de las autoridades eran más sutiles. Interesaban a un demócrata del bando de don Maquías Concha para que propalase que Recabarren se embolsicaba los fondos sociales. Esto solía amargarle por unas semanas. Sin embargo, no cejaba. Tal especie nadie la creía puesto que Recabarren no se daba otro agrado que hablar, escribir, organizar y pasarse día y noche en la imprenta. Además no bebía, no jugaba ni fumaba. Su pasión era la tipografía y para consagrarle más horas tenía su habitación aneja a la imprenta.

En 1912 Recabarren se fué a Buenos Aires. Allí se asoció con el zapatero Muñoz, también chileno, y llegaron a España. Luego visitaron Francia y Bélgica. Recabarren no se sintió bien porque su francés era muy rudimentario. El zapatero Muñoz, más curioso, se fué a Persia, en donde permaneció por años . . .

De vuelta a la Argentina, Recabarren colaboró en "La Vanguardia", de la que también fué director. Más tarde regresó a Antofagasta. Trajo de Europa la idea de substituir en las sociedades al presidente por el secretario general.

Su popularidad en Antofagasta era grande, pero también tenía opositores, entre éstos un cochero que le seguía a los mítines para zaherirle. Mas como no podía hacerlo siempre —decirle injurias— entraban a sus orejas palabras y razones que fueron poco a poco desazonándole, lo que no era óbice para que en el siguiente mitin le gritase:

—¡Cállate, canuto de miéchica!

Oyendo una y otra vez algo iba quedando en su espíritu. No es posible estar eternamente en guardia ni contradecir cuanto se oye. Un día el cochero escuchó sin soltar ninguna injuria y hasta quiso unir lo que conservaba en su memoria. Su entendimiento no volvió a tener descanso ni tregua y un día se empeñó en que Recabarren fuese gratis en su victoria.

En quince años hizo Recabarren de la Pampa una fortaleza socialista; una fortaleza moral, por supuesto, porque contra los fusiles de la tropa no valen sino las fortalezas artilladas.

Fué a Rusia. A su paso por Francia se compró trajes grises, rayados, casi iguales, y un par de guantes de lana. En Alemania adquirió una pistola. Solía decir que cuando lle-

gara a viejo, y no sirviera, se daría un tiro. Por decirlo en tono festivo, producía regocijo.

La dictadura de Ibáñez persiguió a su partido y aventó los gremios que él había ayudado a formar con tanto esfuerzo y tantas esperanzas. Este mal momento coincidió con un principio de ceguera que le impedía trabajar y con una completa falta de ánimo. Su postrer acto fué ir al taller de linotipias, que era ajeno y estaba situado al final de la imprenta, para redactar una circular pidiéndole a los trabajadores que dieran los medios con qué tener linotipias propias. No pudo redactarla. Sentíase lánguido, fatigado, sin ideas. En la mañana siguiente, a la hora en que acostumbraba levantarse, se dió un tiro. Todos pensaron que había sido muerto por la policía y con seguridad que viven obreros que así lo crearán para toda su vida.

Yo había dejado de ver a Recabarren. Fué, pues, mera casualidad que presenciara su entierro. Lo primero que llamó mi atención fué ver dos columnas de obreros en la calzada del lado sur de la Alameda. Una estaba junto a la acera, la otra en el borde de la solera opuesta, contigua a los tranvías. Los trabajadores permanecían inmóviles, tomados de las manos. Eran dos interminables cadenas. Nacían en calle Bascañán, en donde se veló a Recabarren; se extendían por Alameda; entraban por Ahumada; pasaban el Mapocho y llegaban hasta la plazuela del Cementerio.

Una cuadra de operarios, silenciosos, formando cadena, habría sido un homenaje hartó singular. Cuarenta cuerdas de doble cadena eran algo tan asombroso que uno no sabía qué decir.

Después de larga espera empezó a moverse lentamente el cortejo desde Bascañán. Se supo porque las cadenas se estremecieron de un extremo al otro. En donde yo estaba nada se podía ver, pero la voz de ¡ya vienen! atravesó la distancia en pocos minutos. Inconscientemente, por afecto, por emoción, los proletarios habían procedido como los masones, cuando en el entierro de uno de ellos forman la cadena y se transmiten la palabra de recuerdo. El cortejo ocupaba también muchas cuerdas. Era como un río oleoso, contenido entre las cadenas.

Esa multitud, impresionante por lo numerosa, quiso confirmarle así la fe que le tuvo siempre. Si él la hubiese visto habría comprobado que no predicó en vano.

LA RELIGION Y LOS INTELLECTUALES

UNA RELIGIÓN digna de tal nombre debe ser, a la vez, profética e institucional. Si los creyentes rechazan a sus profetas porque les exigen demasiado en fe o en obras, y los substituyen por un clero dócil, la religión degenera y se convierte en simple frecuentación de la iglesia. El constante aumento de la asistencia a las iglesias en los Estados Unidos desde 1900 parece un fenómeno social más bien que religioso: el deseo de respetabilidad en la parroquia se ha generalizado, y el salvacionismo profético a la antigua se relega a los blancos pobres y a los negros. En Inglaterra, por otra parte, ya no se considera como una ventaja social el ser miembro de una iglesia, y se observa una disminución constante del número de fieles desde 1900 —una reacción contra la respetabilidad parroquial. El inglés corriente es agnóstico sin rubor ni ostentación. La sociedad inglesa se mantiene actualmente no por la moralidad cristiana, sino por la que podría llamarse moralidad del derecho común, por ese concepto de equidad en el trato humano contenido en el lenguaje moralista, aunque originalmente antieclesiástico, del espíritu deportivo. A partir de la primera guerra, casi todos los ingleses han sido adoctrinados en él durante su servicio en las fuerzas armadas.

Es muy posible que la moralidad del derecho común sea la respuesta a la pregunta de *si una cultura puede mantenerse sin una religión positiva*. Los ingleses, sin que pueda observarse una mengua en su cultura, se están aproximando a la condición antropológica de los pastores Masai, los cuales, según se dice, carecen de toda preocupación teológica, pero, después de un severo ritual de iniciación, encuentran una descarga emocional suficiente en la crianza de ganado y en la caza de leones. Una nación puede subsistir bastante bien sin una religión positiva siempre que conserve su ritual; y los ingleses han tenido el mayor cuidado en mantener lo más posible de sus ceremonias y ritos públicos tradicionales, especialmente los de la Corona. El rey es no sólo el jefe titular de la Iglesia Anglicana, agonizante desde el punto de vista religio-

so; también preside las partidas finales de las grandes copas y campeonatos, y confiere periódicamente títulos de nobleza a los deportistas más destacados cuando se retiran.

El totalitarismo no es la antítesis del cristianismo, como parecería desprenderse del cuestionario. La España de Felipe II era, a la vez, totalitaria y católica, y también, aunque loablemente cortés con los extranjeros librepensadores, lo es la del General Franco (en la cual vivo). Ocurre, sin embargo, que los países de habla inglesa han disfrutado durante largo tiempo del sistema de dos partidos en materia de religión: los católicos místicos y los puritanos moralistas. Esta equilibrada oposición impide el predominio de uno u otro, y permite la libertad de toda opinión individual. El que estos dos partidos, sin dejar de considerarse mutuamente como condenados, puedan unirse en un acuerdo de caballeros para alejar del poder al ateísmo totalitario, es el problema político del Año Santo de 1950.

Tales son las características de la situación que debe servirnos de base para apreciar el llamado renacimiento religioso entre los intelectuales de habla inglesa. La reciente conversión al catolicismo de unos cuantos escritores conocidos no sugiere, a mi juicio, ningún cambio de convicción religiosa; no me parece que hayan decidido vender todo lo que tienen y seguir a Jesús, que es lo esencial del cristianismo. Tampoco revelan ningún ansia particular por salvar almas; a lo sumo, cierta satisfacción de ser miembros de una antigua y ligeramente siniestra organización internacional. No puedo hablar con información de primera fuente de los conversos de Estados Unidos, pero leyendo *The Heart of the Matter*, de Graham Greene, y *Brideshead Revisited*, de Evelyn Waugh, a quienes conoci hace más de veinte años como estudiantes en Oxford y que no me parecen tigres de los que cambian sus rayas, recordé la cita: "No de ese modo se redimen las almas". Al parecer, los impresionan solamente las dramáticas posibilidades de la confesión y la divertida estrictez de la Iglesia en relación con el séptimo mandamiento. Waugh, según dicen, se jacta de ser el más ortodoxo de los dos, pero no por ello se ha hecho un ápice más cristiano. Cuando cambie su sombrero hongo por una escudilla de mendigo y su paraguas de seda por un pobre cayado de peregrino, seré menos reacio a creer en el supuesto renacimiento.

Reconozco que algunos intelectuales virtuosos se han convertido como una reacción ante la amenaza del comunismo a la civilización occidental; ya que sus irreligiosos predecesores cedieron el paso a los marxistas, creen que ahora su deber es acudir en defensa de la ciudadela. Privadamente siguen considerando absurda la mayor parte de la doctrina católica, pero sienten la necesidad pragmática de presumir que es verdadera. "¿Y por qué no?" —los oigo discutir con su conciencia crítica— "Si los matemáticos pueden suponer que dos más dos son cinco y construir sobre esa base un nuevo sistema, coherente y fascinador, ¿por qué nosotros los humanistas vamos a rebelarnos contra la doctrina de la Encarnación?"

La parte práctica esencial del cuestionario es la siguiente: "¿Si ha de existir nuevamente una cultura religiosa integral, puede su tradición ser puramente cristiana? ¿No será que la tradición de toda cultura debe ser esencialmente pluralista?" Pero el cristianismo es "esencialmente pluralista", y lo ha sido desde que el cristianismo judaico se separó del gentil alrededor del año 50 D. C., la iglesia judía conservando su conexión con la sinagoga farisaica y negando la divinidad de Jesús, mientras que la iglesia gentil, bajo la influencia de los cultos herméticos griegos, sirios y egipcios proclamaba a Jesús la Segunda Persona de la Trinidad Gnóstica. Ambas iglesias eran pacifistas; pero en el siglo IV, el cristianismo gentil se convirtió de pronto en religión militante del Estado y comenzó a absorber todos los cultos paganos que se creyó capaz de digerir aunque más tarde tuvo que rechazar a algunos como heréticos.

San Pablo, fundador de la iglesia gentil, se jactaba de ser todo para todos, judío para los judíos, gentil para los gentiles, de que, por externas que fuesen las obras de un hombre, su fe en la misericordia de Cristo bastaba para salvarlo del infierno. Tanta temeraria liberalidad abrió de par en par la estrecha puerta de la ley mosaica, y al poco tiempo los místicos católicos entronizaron de nuevo a la Reina del Cielo que, varios siglos antes, Jeremías pensó haber humillado para siempre. Sin embargo, la iglesia católica no ha hecho ningún cambio doctrinario importante desde la contrarreforma; tampoco lo ha hecho la iglesia protestante, y en ninguna de las dos ha habido ningún intento oficial de revisar ni siquiera los

pasajes manifiestamente antihistóricos de los Evangelios. Los intelectuales que se convierten al catolicismo y se someten a la disciplina de la iglesia tienen que admitir que su confesor conoce mejor que ellos no sólo la historia sagrada, sino también la profana. En una palabra, deben abdicar sus derechos críticos, y dejar de ser intelectuales.

Ello no significa que la religión y el intelecto no puedan nunca ser reconciliados. Pero si ciertos escritores encuentran que la ética y el ritual, por sí solos, son insuficientes, y que se necesita algo más para su bienestar espiritual, deberían tratar de entender el Evangelio en forma seria y crítica, y comprobar a qué conclusiones religiosas los conduce; y si descubren que no puede ser reformulado de una manera aceptable a la vez para el historiador, el antropólogo y el poeta, deberían estar contentos con entregarlo a su propia suerte, y buscar otra cosa.

Soy muy partidario de los misterios religiosos, como es natural en un poeta, pero encuentro que el misticismo católico es tan difícil de aceptar como la historia católica. Cualquier intelectual que haya estudiado, por ejemplo, *La Rama Dorada*, de Frazer y los *Prolegómenos al Estudio de la Religión Griega*, de Harrison, debe darse cuenta de que el desarrollo pluralista del cristianismo ha confundido el lenguaje del mito, o poesía, con el de la prosa, o historia, especialmente al identificar a Jesús de Galilea con el "Salvador" de los misterios griegos, atribuyéndole poderes sobrenaturales.

El concepto de lo sobrenatural es una enfermedad de la religión. La verdadera religión es de origen natural y está vinculada en forma práctica con las estaciones, aunque supone estados ocasionales de éxtasis anormal que sólo pueden ser celebrados en el lenguaje del mito. Según las últimas mitologías griegas, la hembra del alción, después de transportar sobre su espalda a su compañero con gritos quejumbrosos, hizo su nido en pleno invierno sobre las aguas divinamente quietas del mar y empolló sus pequeños que, no bien salidos del cascarón, emprendieron el vuelo. Plinio, en su *Historia Natural*, agrega que el nido de alción pulverizado es soberano remedio contra la lepra. Es sabido que los alciones no hacen sus nidos en el mar, ni, a decir verdad, en parte alguna, y que sus polluelos no nacen emplumados, y con razón los sabios desdennan la creencia de Plinio en lo sobrenatural. Pero la

abreviatura poética subyacente puede ser fácilmente interpretada si se estudian los diversos mitos griegos (en su mayor parte degenerados) de Alciona, la diosa del mar, y adquiere un sentido perfectamente claro desde el punto de vista religioso, aunque no lo tenga desde el punto de vista farmacéutico.

El supernaturalismo cristiano es, igualmente, una enfermedad del lenguaje. Cuando Jesús, que era un intelectual según las normas de su tiempo, fué aclamado como el Mesías, heredó ciertos atributos míticos y ciertas obligaciones religiosas. Pero el insistir en que, por dicha razón, se haya liberado de la ley natural, carece de sentido histórico o mítico. Puedo comprender que un ateo ex católico retorne nostálgicamente del comunismo al catolicismo, o que un episcopal aburrido se enamore del ritual católico. Pero cuando alguien que se pretende intelectual, y sin tener antecedentes eclesiásticos, abraza deliberadamente la fe de la Edad Media en lo sobrenatural, no se coloca, a mi juicio, en un nivel intelectual más alto que el de su despreciado y compadecido opositor stalinista.



CENTENARIO DE LOS RECUERDOS
DE PROVINCIA

EN LAS postrimerías de 1850, a un lustro del *Facundo*, su impetuoso autor le impone pareja digna de su genio al publicar en la misma ciudad de Santiago, donde continúa desterrado, *Recuerdos de Provincia*, "libro más sobrio y maduro", según Lugones, "el mejor de Sarmiento literariamente hablando".

Cuando más arreciaba la campaña de injurias contra el planfeterio *extranjero* en Chile, su grande amigo y protector, el Ministro Montt, le había dicho: "es preciso que U. escriba un libro sobre lo que U. quiera, i los confunda". Y Sarmiento no desoyó el sabio consejo. "Mis *Recuerdos de Provincia* son nada más que lo que su título indica", dice a sus compatriotas solamente. Y agrega: "Gusto a más de esto, de la biografía. Es la tela adecuada para estampar las buenas ideas"; y como no le faltan estas últimas, traza una serie de retratos magníficos, empezando por el suyo propio.

Jorge Luis Borges, en el prólogo a una reimpresión cuidadosa de los *Recuerdos* concluye: "Hay quienes juzgan que este libro debe su autoridad a Sarmiento y buena parte de su fama a la del autor; olvidan que Sarmiento, para la generación actual de argentinos, es el hombre creado por este libro". Y Ezequiel Martínez Estrada, refiriéndose al estilo de dicha obra, ensalzado ya por Unamuno, prevee, no sin sentido crítico: "Allí hay páginas que muchos siglos figurarán entre las mejores escritas en castellano; descripciones y relatos de mano maestra".

En efecto, algunos trozos escogidos de los *Recuerdos* vienen resonando en nuestra memoria desde los días del colegio en que nos fueron impuestos como ejercicios espirituales. Por ejemplo, *El hogar paterno*: "La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes i tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción". ¿Qué otra prueba es preciso aducir para saber que se trata de una obra clásica? Como tal, *Recuerdos de Provincia* es lectura obligada en la infancia y placentera en la madurez. Nada en verdad es más aleccionador en las letras sudamerica-

nas que un buen recuerdo de los *Recuerdos*. Sobre todo, para el joven que sueña escribir prosa viva con el secreto fin de que a su vez lo recuerden un día por sus propias palabras.

Con qué perspicacia se asegura en la *Historia de Sarmiento*: "En otro ambiente y con otra misión, habría hecho novela". ¿Qué duda cabe? si hasta en esos mismos auténticos *Recuerdos de Provincia* "sus genealogías son meras imaginaciones". Tenía que defenderse de algún modo contra una sociedad pelucona que, como a Bello, sólo aceptábalo a su imagen y semejanza. Pero Sarmiento no escamotea su vicio impune; lo proclama literalmente cada vez que alguien le inspira confianza o afecto. Así al hablar del Ministro Montt, "mi arrimo antes, mi amigo hoy", dice con toda franqueza: "tendría más encojimiento en dar rienda suelta a la imaginación delante de un poeta o un proyectista destornillado que delante de don Manuel Montt, que oye sin sorpresa mis novelas".

Al cumplirse un siglo de la publicación de los *Recuerdos de Provincia* en Santiago, justo es señalar que las páginas que Sarmiento dedica en este libro a don Manuel Montt, en el capítulo titulado Chile, no desmerecen las mejores que han salido de su pluma de memorialista.

"Es don del talento i del buen tino político arrojar una palabra como al acaso i herir con ella la dificultad", sentencia por ahí el orgulloso cuyano para contar en seguida su primera entrevista con Montt: "Las ideas, señor, no tienen patria", me dijo el ministro al introducir la conversación, i todo desde aquel momento quedaba allanado entre nosotros, i echado el vínculo que debía unir mi existencia i mi porvenir al de este hombre".

Sobre Sarmiento y Montt valdría la pena ensayar un artículo aparte, pues dentro del limitado espacio que nos queda para conmemorar el centenario de los *Recuerdos*, apenas cabe transcribir dos o tres notables salidas de las muchas del primero que aun no han perdido su actualidad.

"La inquisición tenía sus frases de proscricción, *herejes, judaizantes*, como el *salvajes unitarios* de ahora; i tan inerrable es la filiación de estas ideas, que el coronel Ramírez, me ha llamado *judío* para adular al inquisidor argentino. Pobres españoles!"

"El cinismo en los medios ha traído por todas partes el crimen en los fines" . . .

PAJARO NEGRO

ME ES IMPOSIBLE decir con certeza si el pájaro que nuestros muchachos hallaron en los primeros días de la primavera, entre los arbustos, a lo largo del riachuelo, era una urraca o una corneja. Sin embargo, no hay duda de que al comienzo aquél no estaba contento de su cautiverio y que con su pico abría pequeñas hendiduras sangrantes en las manos de los muchachos que lo cogían.

Entre risas y recurriendo a un retruécano alusivo a los aviones fascistas, que recibieron el mismo nombre, los soldados llamáronlo: "nuestro pájaro negro". Se divertían con sus pasitos vacilantes, lo dejaban y volvían a atrapar bajo el gorro cuando el animalito, demasiado torpe aún por sus alas nuevas, trataba de huir, revoloteando y brincando a la vez. Con todo, en pocos días, las relaciones entre nuestro pájaro negro y los hombres de la cuarta compañía cambiaron totalmente. El corazoncito del pájaro no latía ya tan salvaje ni tan impetuosamente en sus manos callosas, y sus astutos ojillos de azabache perdieron su expresión indómita. En las trincheras, nuestros muchachos buscaban a más y mejor saltamontes que trataban de salvar las cuestas empinadas; les arrancaban las patitas, pues el pájaro estaba evidentemente atemorizado por su cosquilleo, e introducíanle los cuerpos verdes y gordos en el pico siempre hambriento. De noche, aquél dormía en los resguardos de abajo, entre los mechones de sus mechas. Al poco tiempo, nuestro pájaro se convirtió en la mascota de la compañía, orgullosamente exhibida a todo extranjero que visitaba nuestra trinchera; pero a pesar de ésto, era incontestable que el pájaro pertenecía a Juan Antonio, que lo había encontrado. Fué Juan Antonio quien le enseñó a marcar los pasitos a la orden de: "Izquierda, derecha, un, dos," y cuando Juan Antonio estaba de guardia en la trinchera más avanzada el pájaro encaramábase sobre su hombro. El ave parecía darse cuenta de algún modo de lo que sucedía y odiaba sobre todo el fuego de las ametralladoras. Cuando, del otro lado, empezaban a disparar, erizaba sus plumas, volvía la cabeza de costado y graznaba como un chiquillo irritado contra el enemigo. Cuando yo pasaba, Juan Antonio me de-

tenía para decirme con una sonrisa feliz. "Oiga usted, mi teniente, dice: "¡No pasarán, no pasarán!"

Esta situación duró muchas semanas y supongo con motivo que Carlos Suárez, nuestro viejo escribiente —sobre sus rodillas el gran libro— al asentar todos los días correctamente en negro y rojo, como cuando era contador en Madrid, la lista de la compañía, no dejaba de incluir a nuestro pájaro negro simplemente como el miliciano número tanto.

Una mañana yo daba, como a menudo, una lección de teoría militar a los soldados en la segunda línea. El sol pegaba duramente desde hacía algunos días y muchos milicianos que habían estado de guardia en la noche miraban con ojos lleno de sueño las trayectorias que yo había trazado en el pizarrón de la compañía. La llegada del cabo furriel con la correspondencia fué motivo suficiente para concluir. En pequeños grupos los camaradas se retiraron hacia sus resguardos. Aquél que podía leer tenía siempre algunos camaradas que leían con él por encima de sus hombros, y el que no era fuerte en la lectura se hacía deletrear la carta, palabra por palabra, por camaradas más letrados. Yo mismo, no habiendo recibido cartas, me senté sobre una piedra, un poco triste y aburrido, mirando delante de mí. Me sacó de mis reflexiones un rudo jaleo de insultos y juramentos y ví con gran asombro —pues en nuestra compañía, que ya estaba más de diez meses en el frente, las disputas entre camaradas eran raras— que había estallado una batalla delante de una cabaña, al otro extremo de la trinchera. Me puse de pie y corrí; pero ya me habían visto llegar y venían a mi encuentro, el "gitanillo" a la cabeza, trayendo en sus manos abiertas el cadáver de nuestro pájaro negro. "Asesinado", decía simplemente. Las voces confusas e irritadas me explicaron que Juan Antonio acababa de torcerle el cuello a su pájaro. Lo miré con gran sorpresa. Estaba apoyado contra el parapeto con un ojo en tinta, el cabello revuelto y la cara sucia; la imagen de un chicuelo que ha recibido una tunda; pero que sin embargo no quiere reconocer su error. Las únicas palabras que pude obtener de él fueron: "Hago lo que quiero de mi pájaro y si quiero torcerle el cuello le tuerzo el cuello. Si quieren fusilarme por eso que lo hagan".

Detrás de mí los muchachos de la compañía se atropellaban, curiosos de lo que yo diría. Entendía cada vez menos,

y para ganar tiempo, me incliné hacia el suelo y recogí una hoja de papel arrugado que el viento había puesto a mis pies.

Un poco distraído miré la hoja, cuando de pronto comprendí que se trataba de una carta dirigida a Juan Antonio. Al punto me puse a leerla atentamente. Era una típica carta de campesino, sin mayúsculas, ni comas, ni puntos, llena de faltas de ortografía, con la v y la b a menudo intercambiadas y donde todas las haches faltaban donde debían estar y aparecían donde no hacían falta. Creo recordar aún exactamente su contenido. "Padre feliz de saberte bueno y nosotros felices de escribirte que yo estoy bien también y que tu ermanita esta bien tambien y Carmen tambien está bien tus ermanitos Juanito y carlos y felipe y quintin están bien tambien y tus amigos pepe y antonio estan bien también y tu novia rosita está bien tambien y todos te mandan muchos saludos". Hasta aquí la carta estaba escrita con mano segura, pero después algunas líneas estaban tachadas como si el autor hubiese vacilado. La carta seguía: "y sentimos tener que decirte que tu madre no está bien pues la semana pasada los pájaros negros an pasado hencima de nuestro pueblo y lo an bonvardado y nosotros emos escapado todos al campo pero tu madre bolvio para salvar la vaca del hestablo y mientras bolvia los pájaros negros tiraron con ametralladoras y an alcanzado ha tu madre en la espalda y tu madre te pregunta si el capitán te daría permiso para que bengas por unos dias porque ella sufre mucho pero si no es posible está bien lo mismo pues nosotros sufrimos y luchamos por la causa y pepita y carmen y juanita y carlos y felipe te mandan muchos saludos y tus amigos y tu novia también y tu padre tambien y tu madre te besa con un salud de suerte de tu padre antonio".

Cuando concluí de leer la carta, vi que Juan Antonio se había vuelto y lloraba suavemente, la cara contra el parapeto. Dije a los muchachos: "Dejadle tranquilo: su madre fué herida por los pájaros negros". Los milicianos se dispersaron y el "gitanillo" echó el cadáver del pájaro negro por encima del parapeto en dirección al enemigo.



EL MEDIARRISA

EL EXTRANJERO preguntó por el comisario de la compañía, se cuadró, le tendió sus papeles y recitó:

—Fulano de Tal, voluntario polonés, a sus órdenes.

Nos llamó la atención tanta solemnidad. Eramos un ejército improvisado y no nos tomábamos muy en serio. El cabo Ysern le miró con gesto zumbón, le entregó un máuser y le señaló una tronera, junto a la mía. Había calma en el frente. Nos pusimos a charlar y pronto éramos amigos. Cuando murió a los pocos días le amortajamos entre Ysern y yo. Le recuerdo con simpatía.

El hombre tenía paralizada la mitad del rostro y el cabo Ysern, que no acertaba a pronunciar su nombre, prefirió llamarle "El Mediarrisa". Reía efectivamente con sólo la mitad de la boca y causaba extrañeza verle hacer gestos.

Por chocante que resulte tal deformación en un compañero, uno finge no notar nada. Pero el cabo Ysern no llevaba gafas ni tenía educación burguesa.

Días más tarde, mientras comíamos los tres de la misma lata de conservas, le preguntó con naturalidad:

—Oye, polonés, ¿qué te ha pasado con la media cara?

—Es de una paliza que me dieron.

—¿La bofia?

—La bofia.

—¿En tu tierra?

—Sí, en Polonia.

—La madre que los parió—, comentó Ysern. —A mí me saltaron estos dientes en la Brigada Social, en el 34.—Apartó el labio y mostró un hueco en la dentadura.

—No sé cómo era vuestra policía, —dijo el polaco.— Pero he hablado con muchos camaradas de otros países y parece que en Polonia es donde más pegan.

—¿Ha sido recientemente?

—No, en el 24.

—Hace doce años,— calculó Ysern. Pero entonces serías un chaval.

—Poco más o menos: tenía dieciséis años.

Mientras tanto se había formado un corrillo alrededor nuestro. Wenceslao Moles, el bromista sevillano, rió:

—Así que en tu tierra la parálisis infantil se sirve en las comisarías . . .

Pero el polaco estaba excitado por el recuerdo, con ganas de hablar y no le hizo caso:

—Fué por un atentado. Mataron a un provocador, un confidente de la policía. Cogieron al que disparó, le montaron un juicio sumarísimo y le fusilaron a las 72 horas, como era de rigor. Pero la policía se volvió loca. Quería más culpables. Empezaron los arrestos en masa. Yo estaba en casa de mis padres, pasando las vacaciones, a más de quinientos kilómetros de distancia, absolutamente ignorante de todo. Pero me detuvieron lo mismo, por la noche, y enseguida comenzaron a interrogarme. Un comisario y varios agentes.

—No tenían ninguna prueba contra mí. No podían tenerla. Pero se empeñaron en hacerme confesar mi participación en el atentado. Me decían las cosas más absurdas. Por lo visto hacían lo mismo con todo el mundo. A ver quien picaba.

Todo esto duró horas. Yo era muy muchacho y estaba asustado. Era la primera vez que me detenían. Decía no y no a todo. Decía la verdad. No tenía otra defensa.

Me tenían muy cansado, pero también yo a ellos. Ya de madrugada cambiaron de música. El comisario me tendió una declaración escrita y dijo sin más explicaciones que yo tenía que firmarla para quedar libre.

Iba a leerla pero él no me dejó. Dijo que se trataba sólo de una formalidad, que había perdido ya demasiado tiempo conmigo, que yo era muy terco y que era muy malo ser tan terco, que su paciencia tenía límites, que yo tuviera cuidado con lo que hacía, que firmara la declaración y podía irme a casa y así seguidamente.

Hablaba muchísimo, sin interrupción, como para marearme y no dejarme pensar. Pero yo no iba a firmar nada sin leerlo. No tenía ninguna experiencia, pero tampoco era tan niño como para creer que tantos policías se daban tanto trabajo por una mera formalidad. Dije que quería leer la declaración. Que sin leerla no la firmaría.

Entonces me dió una bofetada y me tumbó al suelo. En ese momento perdí toda mi dignidad y me eché a llorar. El se hizo el arrepentido y me largó un discurso. Dijo que él ya me había advertido que le haría perder la paciencia con mi

testadurez. ¿Qué si yo no comprendía que él tenía una tarea que cumplir? Una tarea sagrada. Defender la integridad nacional, la independencia de Polonia. Que Polonia era un baluarte de la cristiandad y que los niños extraviados, como yo, que jugábamos a la revolución bajo la instigación del Anticristo, hacíamos peligrar las instituciones, la fe, la patria, todo lo bueno. Y dale otra vez con que reconozca mis errores, que le ayude en la tarea, que, como estudiante y persona culta, debería darme cuenta, que firme, que no le exaspere . . . En fin, todo eso.

Figuraos un discurso así en boca de un policía. Me dió asco. Sentí tal desprecio por él que ya no me asustaba otro puñetazo. Le grité: —Pero, ¿qué errores quiere que reconozca? ¿Qué quiere que firme?

El tipo debía estar muy cansado ya porque, sin decir palabra, tendió la declaración a un agente y éste me la leyó en voz alta.

Yo la entendí a medias, pero lo suficiente. No era nada grave. Confesaba pertenecer al partido y otras cosas menores. Pero, lo mismo que antes, eran cargos falsos. Yo no pertenecía a ningún partido. Tenía amigos revolucionarios y eso era todo lo que podían saber de mí. Tenía mis simpatías pero no me decidía por nada. Era todavía hijo de mi papá, cursaba el bachillerato y mi educación era más bien burguesa y hasta religiosa. Es verdad que no era católico pero tampoco era conspirador. Toda la situación me pareció una pesadilla. ¿Cómo podían exigirme a mí, un estudiante inocente, que confesase delitos falsos para meterme en la cárcel y hacerme perder el curso? Era algo irreal. Veía al comisario, a los agentes, el suelo sucio, la escupidera y la declaración sin firmar. Estaba lloroso, no comprendía nada, pero por nada iba a firmar la declaración. Se lo dije así.

Entonces el comisario suspiró con resignación, como quien se da por vencido. Me sentí triunfador cuando dos agentes me agarraron de los brazos. Quería dormir, dormir, dormir, aunque fuera en un calabozo.

Me metieron al despacho por una puerta que daba al pasillo. Ahora me sacaban por otra. Lo noté al transpararla pero me daba lo mismo. Fué lo último que ví, porque al cerrarse la puerta me encontré a obscuras y en seguida comenzaron a pegarme. Eran unos golpes como adoquinazos.

Nunca hubiera imaginado que los puños pudieran ser tan tremendamente fuertes y tan infatigables. Todo eso sucedía a oscuras para que no pudiera identificar después a ninguno de los matones. Recordé lo que había oído de ello. Pero no tenía tiempo para pensar más. Me sentía como en un matadero, descuartizado por una maquinaria imposible de detener. Era horroroso cómo pegaban. Tenía en la boca un sabor metálico, oía mis propios aullidos y el jadear de los agentes. No tenía ni pizca de fuerza. Creo que caí en seguida y ellos continuaron castigándome a patadas. Todo se me hizo muy confuso y perdí el conocimiento.

Desperté en el suelo de cemento, todo mojado de orina y del agua que me echaron encima, cubierto de barro y tiritando. Me castañeteaban los dientes y no pude apretarlos. La sangre me chorreaba de la nariz pero no tuve fuerzas para tapármela con un pañuelo. Me llevaron al despacho y firmé la declaración. Un agente me sostenía la pluma entre los dedos y me guiaba la mano. Después comparó la firma con la de mi carnet. Todo el tiempo sentía la sangre corriéndome por la barbilla y mojándome la camisa y el traje. Algunas horas antes entré allí como un gallito, asustado, pero sabiendo mis derechos y dispuesto a defenderlos. Ahora era como un cerdo colgado en la carnicería. No tenía ni voluntad ni propósito alguno. Hice todo lo que quisieron.

—¿Fue esa la paliza que te dejó lisiado?— preguntó Moles.

—Sí. La parálisis me vino después, en la cárcel. No pudieron probarme nada en el proceso, mi padre movió influencias y me soltaron. En seguida ingresé en el partido. Se rió con la media cara: —después de todo no firmé en falso. Y ahora estoy con vosotros. Franco también se dice el baluarte de la cristiandad.

—El parapeto de las hostias— dijo Moles. —Ya empiezan.

Caían granadas alrededor y el tren blindado saltaba sobre los rieles. Sacamos los máusers por las troneras a la espera de un ataque. Nuestro cañoncito de la torre disparaba ya. De vez en cuando sonaba un silbido de los proyectiles antitanques que pasaban de largo. Uno dió de lleno y mató a cuatro hombres apostados en las troneras altas. Entre ellos al "Mediarrisa". Estuvo pocos días con nosotros. Dejé buen recuerdo.

EL FIN DE LA ESPERANZA

PRÓLOGO AL LIBRO ASÍ TITULADO DE JUAN HERMANOS

UNA NOCHE, durante la ocupación, estábamos reunidos algunos amigos y yo en un cuarto del hotel. De repente, una voz desconocida gritó en la calle: ¡socorro! Era tal el sonido de esta voz, que sin ponernos de acuerdo todos hemos bajado corriendo; hemos encontrado la calle desierta, hemos dado la vuelta a la manzana y no hemos hallado a nadie. Hemos vuelto a nuestro trabajo, pero durante toda la noche esta voz no ha dejado de gritar en nuestros oídos. Una voz sin rostro, sin nombre, que gritaba por todos: en estos tiempos de miedo todos aguardábamos una ayuda lejana, un socorro que tardaba en llegar y cada uno de nosotros se preguntaba si no había oído su propia voz. Es esta voz la que me ha parecido reconocer cuando he leído por primera vez *La fin de l'espoir*; es ella la que en Madrid ha lanzado este llamamiento a fines de enero del 46. Decía entonces: "Es casi demasiado tarde"; y el llamamiento nos llega en 1950. Cuando lo hemos publicado en *Les Temps Modernes* hemos recibido cartas; nos preguntaban: "¿Quién es Hermanos? ¿Dónde está?" He respondido: "No lo sé". Ofrecían dinero, ayuda; he respondido: "Es demasiado tarde".

Cuando comencéis la lectura de este libro, os parecerá que se habla de vosotros. Las prisiones, las detenciones secretas, la lucha clandestina, la distribución de manifiestos, el miedo, la escucha ansiosa de la radio inglesa; hemos conocido todo esto. El autor ha escogido bien su seudónimo; esos españoles son mis hermanos; aguardaban apasionadamente nuestra liberación porque nuestra liberación era también la suya. Y, después, ha llegado la liberación, y no era su liberación. Todo lo que nosotros hemos vivido en la alegría, ellos lo han vivido en la angustia, la decepción y el estupor; al volver de una página, nuestros recuerdos se convierten en remordimientos: hemos entregado a nuestros hermanos. La voz cambia; se convierte en *la voz de otro*, de un hombre que hemos asesinado. Vive todavía. vibra por primera vez en nuestros oídos y él, según toda verosimilitud, ha muerto. Muerto en la des-

esperanza; ¿podéis comprender todavía lo que las palabras quieren decir? No es nada morir; ¿pero morir de vergüenza, de odio, de horror, lamentando haber nacido? Es el mal radical, y no creáis que ninguna victoria podrá borrarlo nunca. Incluso si llegáramos a liberar España, podríamos buscar a Hermanos y a sus compañeros de Barcelona a Málaga; han desaparecido; España está ausente de ellos como estaba desierta la calle nocturna; no hay ya nada que hacer, nada ya que borrar, nada ya que reparar. Las últimas palabras del libro: "Esto es lo que han hecho de todos nosotros esos miserables reunidos, las democracias y los camisas azules", son las últimas palabras de un moribundo, y no podemos cambiar ni una sola letra. *Es demasiado tarde.*

Sin embargo, es necesario que lo oigáis ese grito de vuestra víctima, ese grito que surge un segundo antes de la matanza final: el grito del fin de la esperanza. Esta voz no se ha callado durante veinte años; era la de los judíos alemanes, después la de los austríacos, después la de los españoles, después la de los checos, después la de los polacos: han muerto unos tras otros, y desde el momento en que caían, llegaban otros que recogían su voz y que gritaban a su turno. Nosotros, nos tapábamos los oídos. Ahora, tenemos el libro, los últimos gritadores han muerto; quedan palabras impresas. Es necesario que lo leáis para aprender cómo se grita el fin de la esperanza, porque pronto será nuestro turno. Después no habrá nadie para gritar. Ni nadie para taparse los oídos.



UN LLAMAMIENTO A LA CONCIENCIA

Su Santidad el Papa se dirigió recientemente al mundo cristiano condenando a los Estados totalitarios y la existencia de los tribunales especiales para los delincuentes políticos. Tal acusación incluye lógicamente al régimen de Franco. Por desgracia un representante de ese régimen desempeñó un papel conspicuo en las celebraciones de Roma, de suerte que podría parecer que la denuncia papal fué reservada para la Rusia Soviética y sus satélites, como si los crímenes contra la dignidad del hombre, contra el individuo y contra la humanidad fuesen menos malvados si los comete un despotismo totalitario en nombre de la Cristiandad y de la Iglesia Católica Romana, como ocurre en la España de Franco.

Sabemos bien que muchos españoles que sufren la pérdida de los derechos civiles, o el encierro en las prisiones de Franco, son católicos creyentes. Nuestro propósito es llamar la atención sobre el peligro que significa permitir a Franco explotar la amenaza del Este, mientras se ignoran las víctimas de su régimen, y señalar la amenaza que a su vez representa la imitación de sus métodos. *La existencia de la cortina de hierro en el Oriente no justifica la creación de una cortina de hierro occidental para ocultar los repugnantes hechos de la España franquista.* Y cuando esta otra cortina es disimulada con adornos cristianos, la justicia y la decencia humanas requieren que tal disfraz de la doctrina cristiana sea desenmascarado.

El grupo más numeroso de españoles y el que sufre las mayores persecuciones en la España de Franco, es la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), pero la persecución va en contra de todos los españoles que en nombre de la justicia y la libertad se oponen al régimen — de todos los demócratas, socialistas, liberales, sindicalistas, libertarios, masones e incluso aquellos monárquicos que se niegan a prestar su apoyo a la dictadura de Franco. Tampoco consideramos menos odiosa la persecución cuando sus víctimas son nuestros adversarios políticos, los comunistas.

Miles de demócratas, de hombres libres de todos los matices del pensamiento liberal, son prisioneros en las cárceles de Franco por el sólo delito de sostener opiniones opuestas al régimen. La existencia de estas víctimas del totalitarismo es un

insulto al mundo civilizado. Es una afrenta a todos los que se llaman demócratas y cristianos. Es una burla de todos los que dieron sus vidas en la última guerra combatiendo al totalitarismo en Alemania, Italia y el Japón.

Una paz honrosa es imposible mientras en el mismo corazón de Europa occidental subsista un Estado totalitario en libertad de perseguir y destruir a la gente que trata de edificar una verdadera democracia en su país. Miles de hombres y mujeres perseguidos y presos en España claman a la conciencia del mundo democrático, con su testimonio trágico y amargo, contra la llamada Cristiandad y Democracia que condenan el totalitarismo de un color y condonan el de otro. Como quiera que sus voces no pueden llegar al mundo exterior, hablamos en su nombre, rogando a todas las personas —sean las que sean sus creencias políticas y religiosas— que ocupan puestos destacados en la vida cultural o política de las naciones democráticas, que alcen sus voces para exigir del gobierno de Franco la liberación de sus presos políticos y la abolición de la legislación especial y de los tribunales especiales para esos opositores al régimen.

Bajo tal presión el régimen de Franco ponga quizá en libertad a sus presentes víctimas, pero ésto sólo no es suficiente. La continuación del tal régimen significa una mofa de los ideales democráticos profesados por las naciones que lo toleran. La presión debe ser mantenida hasta ponerle fin al régimen mismo. La oportunidad existe. España está obligada por una necesidad histórica a formar parte de la comunidad europea de naciones libres. Sólo el silencio, la apatía, la avergonzada inactividad de los Estados democráticos fomentan actualmente la sobrevivencia del fascismo español con todos sus crímenes.

Cualquiera que lea este llamamiento se hace cómplice de Franco si continúa callado e indiferente. Nuestra autoridad para dirigir este llamamiento a la conciencia proviene de los sufrimientos de aquellos miles de españoles dentro de España, que no pueden creer que el mundo exterior libre permanezca indiferente a su martirio o se niegue a levantar una voz de protesta a su favor.

Por la Delegación:
El Secretario,
MANUEL SALGADO

ETHEL MANNIN, HERBERT READ, FREEDOM PRESS GROUP, CHARLES DUFF,
ARTURO BAREA.

(Retraducido del inglés).

Ante la posibilidad de que las potencias democráticas, y particularmente Estados Unidos, dejándose llevar por intereses de política interna, acuerden establecer relaciones diplomáticas, incondicionales, con la dictadura española, creemos que la opinión de todos los pueblos de América debe protestar, sin ambigüedades de ninguna naturaleza contra esa torpe condonación de uno de los crímenes de peores consecuencias en la historia de nuestro tiempo. Hubiese parecido imposible que alguien olvidara el hecho de que la conspiración franquista abrió una brecha en la Europa occidental a los avances del fascismo y el nazismo, y, sin embargo, apenas un lustro después de exterminada la plaga totalitaria, se insinúa la conveniencia de absolver al cómplice de ella, y esto de parte de un gobierno sobre el cual ha caído la responsabilidad de apuntalar el maltratado edificio de la democracia en el mundo.

En cuanto a los gobiernos hispanoamericanos, y especialmente al nuestro, debemos hacerles presente que al poner la dictadura en el mismo pie de igualdad con los gobiernos de elección popular, estaríamos reconociendo, implícitamente, ese principio falaz de la *Hispanidad*, tras el cual se ocultan hoy las últimas veleidades de predominio del inicuo amo español sobre los pueblos hispánicos de América.

Y, por fin, deseamos expresar que ha sido nuestra convicción más sincera, desde hace mucho tiempo, que jamás habrá una amistad sin recelos entre España y las democracias de América mientras no alumbre el día en que aquélla también goce de la libertad que nuestros antepasados supieron ganar para nosotros; el mismo ideal que Bolívar llegó a expresar una vez diciendo que no habría independencia completa mientras los hijos de América no fuesen a libertar a España misma de sus tiranos. Pedimos, pues, que no se reconozca en Franco a un representante digno de esa España ideal que aún está por nacer y que, en cambio, sigamos teniéndolo y tratándolo por lo que realmente es: el representante en su país de uno de los peores vicios traídos por el militarismo español a nuestra América: el cuartelazo.

Ernesto Montenegro, J. S. González Vera, Manuel Rojas, Lain Diez, Euclides Guzmán, Eugenio González, Enrique Espinoza, Ricardo Latcham, Angel Cruchaga Santa María, Luis Durand, Antonio Acevedo Hernández, Chela Reyes, Tomás Lago, Francisco Coloane, Jacobo Danke, Dr. Yolando Pino Saavedra, Alberto Romero, Nicomedes Guzmán, Mireya Lafuente, Víctor Castro, Santiago del Campo, Juvencio Valle, Alberto Ried, Luis Merino Reyes, Julio Salcedo.

Colaboradores

ELIZABETH HARDWICK.—Novelista norteamericana, frecuente colaboradora de *Partisan Review* de donde tomamos su nota sobre William Faulkner el último ganador del Premio Nobel, de quien dijo Edmund Wilson a fines del año pasado que era: "the greatest American novelist and perhaps the best novelist living".

B. SANIN CANO.—La editorial Peuser de Buenos Aires ha publicado recientemente una selección de sus mejores ensayos bajo el título de *Tipos, Obras, Ideas*. Véase en BABEL: "Rumbos del espíritu" (Nº 41); y "1848-1948", un siglo de realizaciones y esperanzas" (Nº 44).

ALFRED POLGAR.—Humorista austríaco refugiado en los Estados Unidos a donde ha vuelto después de un corto viaje por Alemania. El texto que ofrecemos en traducción de Catiucha, apareció en *Commentary* de Nueva York.

GONZÁLEZ VERA.—Premio Nacional de Literatura de 1950, el autor de *Vidas Mínimas* y *Alhué* publicará próximamente por intermedio de la Editorial Nascimento: *Cuando era muchacho*, libro del que adelantamos numerosas páginas.

ROBERT GRAVES.—El texto que publicamos de este notable biógrafo y novelista inglés pertenece al Symposium sobre "La religión y los intelectuales" organizado al principio del presente año por *Partisan Review* de Nueva York. Hizo la traducción Oscar Vera.

JEF LAST.—Poeta y novelista holandés que tomó parte activa en la lucha contra el fascismo en España. Véase en el número 14 de BABEL su "Testimonio" acerca de aquella experiencia y en el número 19: "Dos fragmentos de un discurso en Madrid", y la apreciación de André Gide.

MAURICIO AMSTER.—Ha publicado en BABEL: "La rama y el retoño" (Nº 34); "Rcuerdos de Gutiérrez Solana" (Nº 27); "Un amigo de Goethe" (Nº 37); "Discos evocadores" (Nº 39); y "De poetas y gendarmes" (Nº 48), además de numerosas traducciones.

JEAN PAUL SARTRE.—El texto del prólogo a "El fin de la esperanza" de Juan Hermanos, nos fué remitido desde París por el escritor español Juan Andrade, quien hizo su traducción. De Juan Andrade, véase en el número 42: "Apuntes sobre el hambre del preso".

E. M. FÖRSTER.—El ensayo que publicamos en traducción de Ernesto Montenegro fué originalmente escrito para ser dicho en una reunión de críticos musicales celebrada en Harvard. Del mismo insigne novelista y ensayista inglés, léase en el número 42 de BABEL: "Mi propio centenario".

MANUEL ROJAS.—Pone término ahora a una trilogía titulada: *Tiempo irremediable* de la que anticipamos: en BABEL: "Ensayo de la mañana" (Nº 13); "Entrada a Chile" (Nº 49) y el presente capítulo, "Muerte en otoño".

JUVENCIO VALLE.—Como Gabriela Mistral ha publicado sólo dos o tres libros poéticos: *Tratado del bosque*, *Nimbo de piedra* y *Primer libro de Margarita*. Véase en números anteriores de BABEL: "Cantar de cantares" (Nº 27); "Laurel a Pasionaria" (Nº 34); y "Agua profunda" (Nº 52).

STEPHEN SPENDER.—Poeta inglés contemporáneo, estuvo en España durante la guerra civil de 1936-1939, y cantó el heroísmo miliciano del pueblo madrileño. En el número 2 de BABEL aparece su artículo titulado "El punto de vista moderno", y en el Nº 40: "Poesía y Política".

Índice del volumen XIII de BABEL

(Números 53, 54, 55 y 56)

AMSTER, Mauricio / <i>Franz Kafka</i> (Dibujo a pluma)	5
<i>El Mediarrisa</i>	217
ARENDR, Hannah / <i>Franz Kafka: una revaluación</i>	11
DÍEZ, Lain / <i>Carta a Volontá</i>	181
ESPIÑOZA, Enrique / <i>Kafka en castellano</i>	7
<i>José Carlos Mariátegui, amauta o guía</i>	120
<i>Dos nombres inseparables</i>	173
FARRELL, James T. / <i>La formación de un escritor</i>	141
FORSTER, E. M. / <i>De la crítica de arte</i>	73
GERCHUNOFF, Alberto / <i>El libro y el espíritu</i>	111
GONZÁLEZ, Vera / <i>Cronista de diario</i>	88
<i>Alessandri</i>	162
<i>Recabarren</i>	200
GRAVES, Robert / <i>La religión y los intelectuales</i>	207
GREENBERG, Clement / <i>Kafka, el judío</i>	56
HARDWICK, Elizabeth / <i>William Faulkner y el sur de hoy</i>	185
LAST, Jef / <i>Pájaro negro</i>	214
KAFKA, Franz / <i>El médico rural</i>	42
<i>Del diario íntimo</i>	48
MANN, Thomas / <i>Un humorista religioso</i>	29
MARTÍNEZ, Estrada, Ezequiel / <i>Acepción literal del mito en Kafka</i>	24
<i>Pobreza y libertad en Hudson</i>	154
MERCIER, Guy / <i>Tres poemas</i>	151
MISTRAL, Gabriela / <i>Algo sobre González Vera</i>	139
MONTENEGRO, Ernesto / <i>El realismo mágico de Kafka</i>	50
PHILLIPS, William / <i>La gran muralla de la crítica</i>	69
POLGAR, Alfred / <i>Dos mujeres del régimen</i>	195
ROJAS, Manuel / <i>Muerte en otoño</i>	99

SANIN, Cano, B. / <i>La misoginia de Nietzsche</i>	192
SARTRE, Jean-Paul / <i>Prólogo a El fin de la esperanza</i>	221
SCHWARTZMANN, Félix / <i>Fantasia y realidad en Kafka</i>	61
SPENDER, Stephen / <i>Reconsideración de D. H. Lawrence</i>	125
TRAVEN, Bruno / <i>Previsión social</i>	158
TROTSKY, León / <i>El abogado Uliánov</i>	177
VALLE, Juvencio / <i>Historia de la rosa</i>	97
VICUÑA, Mario / <i>A tal maestro tal discípulo</i>	145
<i>Centenario de los Recuerdos de Provincia</i>	212
VOGELMANN, D. J. / <i>Raigambre y desarraigo de Franz Kafka</i>	36
WILSON, Edmund / <i>La crítica literaria y la historia</i>	165

B a b e l

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Ernesto Montenegro, González Vera, Lafín Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número \$ 30 m[ch].
 Suscripción a 4 números \$ 100 m[ch].

FUERA DE CHILE:

Precio del número 0,75 u[s].
 Suscripción a 4 números 2,50 u[s].

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

Editorial Jurídica de Chile

FORMADA POR LA FACULTAD DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES
 DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE Y POR LA
 BIBLIOTECA DEL CONGRESO NACIONAL

LIBROS DE DERECHO

*Colecciones de la Facultad de Ciencias Jurídicas y
 Sociales de la Universidad de Chile*

1.ª COLECCION DE MANUALES JURIDICOS

- | | | |
|---|--|--|
| N.º 1. <i>Manual de Derecho Penal</i> , por J. Raimundo del Rfo C. \$ 60 | N.º 9. <i>Manual de Criminalística</i> , por el Dr. Luis Sandoval \$ 130 | N.º 17. <i>Manual de Procedimiento Civil (Juicio Ejecutivo)</i> por Raúl Espinoza Fuentes \$ 120 |
| N.º 2. <i>Manual de Derecho de Minería</i> por Armando Uribe Herrera \$ 90 | N.º 10. <i>Manual de Historia del Derecho</i> , por Carlos Hamilton. . \$ 100 | N.os 18. - 19. <i>Manual de Derecho Romano</i> , 2 volúmenes por Francisco Jorquera. \$ 250 |
| N.º 3. <i>Manual de Derecho Civil. Tomo I.</i> (Título preliminar del Código Civil), por Victorio Pescio \$ 90 | N.º 11. <i>Manual de Derecho Procesal</i> , (Teoría) por Manuel Urrutia \$ 100 | N.os 20 - 21. <i>Manual de Medicina Legal</i> , por Luis Coussío Mac-Iver. 2 vols. \$ 200 |
| N.º 4. <i>Manual de Derecho Penal</i> , por Gustavo Labatut Glena \$ 100 | N.º 12. <i>Manual de Derecho Canónico</i> , por Carlos Hamilton \$ 110 | N.º 22. <i>Manual de Derecho Civil, Tomo III</i> , por Victorio Pescio. \$ 150 |
| N.º 5. <i>Manual de Derecho Civil. Tomo II</i> (Teoría general de la prueba y teoría general de los actos jurídicos) por Victorio Pescio \$ 120 | N.º 13. <i>Manual de Derecho del Trabajo</i> , por Alfredo Gaete Berríos. . \$ 90 | N.º 23. <i>Manual de Derecho Civil (De las Obligaciones)</i> , por Ramón Meza Barros \$ 160 |
| N.º 6. <i>Manual de Derecho procesal Penal</i> , por Osvaldo López. \$ 95 | N.º 14. <i>Manual de Seguridad Social</i> , por Alfredo Gaete e Inés Santana \$ 60 | N.os 24-25. <i>Manual de Derecho Procesal Orgánico</i> , por Mario Casarino Viterbo (Prof. del ramo de la Escuela de Derecho de Valparaíso) 2 vols. \$ 250 |
| N.º 7. <i>Manual de Derecho Administrativo</i> , por Manuel Jara Cristi . . \$ 70 | N.º 15. <i>Manual de Técnica de la Investigación Jurídico-Social</i> , por Aníbal Bascuñán Valdés \$ 110 | N.º 26. <i>Manual de Organización y Atribuciones de los Tribunales</i> , por Jaime Galté Garré (Profesor de |

Derecho Procesal de la Universidad de Chile) . . . \$ 150	N.º 29. <i>Manual de Derecho Comercial</i> , tomo 1.º por Julio Olavarría (Profesor del ramo en la Universidad de Chile) . . . \$ 160	le y Católica). Tomo 1.º . . . \$ 130
N.º 27. <i>Manual de Derecho Financiero</i> , por Enrique Piedrabuena (Profesor del ramo en la Universidad Católica de Santiago) . . . \$ 160	N.º 30. Tomo 2.º Id. . . \$ 170	N.º 33. Tomo 2.º Id. . . \$ 160
N.º 28. <i>Manual de Derecho Constitucional</i> , por Gabriel Amunátegui (Profesor del ramo de la Universidad de Chile) . . . \$ 160	N.º 31. Tomo 3.º Id. por aparecer.	N.º 34. <i>Manual del Abogado</i> , bajo la dirección del Consejo General del Colegio de Abogados . . . \$ 100
	N.º 32. <i>Manual de Derecho Internacional Privado</i> , por Fernando Albónico (Profesor del ramo en las Universidades de Chi-	N.º 35. <i>Manual de Derecho Aéreo</i> , por Eduardo Hamilton . . . \$ 200
		N.º 36. <i>Manual de Sociología</i> , por Samuel Gajardo . . . \$ 200

2.ª COLECCION DE ESTUDIOS JURIDICOS Y SOCIALES

N.º 1. <i>El Mandato Civil</i> , por David Sttichkin . . . \$ 400	Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales). 2 tomos \$ 550
N.º 2. <i>Derecho Procesal del Trabajo</i> , por Alfredo Gaete y Hugo Pereira . . . \$ 300	N.º 7. <i>Panorama del Derecho Social Chileno</i> , por Francisco Walker Linares (Profesor de Derecho del Trabajo en la Universidad de Chile) \$ 160
N.º 3. <i>El problema histórico del trabajo</i> , por Gustavo Lagos Matus (Profesor extraordinario de Derecho del Trabajo en la Universidad de Chile) . . . \$ 250	N.º 8. <i>Derecho del Trabajo Americano</i> , por María Alvarado y Ariaselva Ruz, con prólogo de D. Luis Barriga . . . \$ 150
N.º 4. <i>Derecho Tributario (Ley de Impuestos sobre la renta)</i> , por Alvaro Rencoret (Profesor del ramo en la Universidad de Chile) . . . \$ 250	N.º 9. <i>Derecho Internacional Privado (Parte General)</i> , por Federico Duncker B. (Profesor del ramo en la Universidad de Chile) . . . \$ 330
N.º 5-6. <i>Indivisión y Partición</i> , por Manuel Somarriva Undurraga (Profesor de Derecho Civil de la Universidad de Chile y Secretario de la	N.º 10. <i>Errázuriz Zañartu. Su vida</i> , por Alfonso Bulnes (de la Academia Chilena de la Historia) . . . \$ 320

3.ª COLECCION DE APUNTES DE CLASE

N.º 1. <i>Derecho Internacional Público</i> , por Ernesto Barros Jarpa . . . \$ 110	N.º 3. Historia Constitucional de Chile, por Julio Heise . . . \$ 140
N.º 2. <i>Procedimiento Civil (Juicios Especiales)</i> , por Carlos Alberto Stoeihrel y Mario Muñoz Salazar . . . \$ 100	N.º 4. <i>Política Económica</i> , por Felipe Herrera (Profesor del ramo en la Universidad de Chile) . . . \$ 200

4.ª COLECCION DE MEMORIAS DE LICENCIADOS

<i>Volumen 1.º</i> A.—«El obrero y el empleo ante la legislación social chilena», por Mario Ruz.	por Humberto Valenzuela.	<i>Volumen IV «Ciencias Económicas»</i>
B.—«Estudio teórico y práctico de las leyes de mejoramiento económico de los empleados particulares» (Leyes 6.020, 7.064 y 7.280, refundidas en la N.º 7.295), por Manuel Martínez.	D.—«La evolución de la seguridad social», por Boris Acharán.	A.—«El Consejo Nacional de Economía», por Mario Sepúlveda P.
C.—«Régimen jurídico de los deportistas profesionales», por Humberto Cuadra.	E.—«Interpretación y Aplicación que la Caja de Seguro Obligatorio ha dado a los beneficios que concede la Ley 4054», por Juan Frontaura.	B.—«Coordinación de los medios de transporte en Chile», por Ramiro Contreras Lara.
D.—«El Sindicato profesional», por Héctor Téllez.	F.—«Situación económico-social del personal ferroviario», por Raúl Vásquez. \$ 350	C.—«Chile y Perú a través de su producción económica», por Alejandro Runco González.
E.—«La Caja de Retiro y Montepío de las Fuerzas de la Defensa Nacional», por Rigoberto Jamett.	<i>Volumen 3.º</i> A.—«Régimen legal de las aguas en Chile», por Mario Silva.	D.—«Chiloé económico», por Arnoldo Santana Bahamondes.
F.—«El fuero del trabajo español», por Osvaldo Fuenzalida . . . \$ 350	B.—«Régimen legal de las aguas en Chile», por Luis Karque.	C.—«Los problemas de la alimentación y los acuerdos de Hot Springs», por José Musalem S. \$ 350
<i>Volumen 2.º</i> A.—«La NU. y la organización internacional del trabajo», por Rolando Laermann.	C.—«Comentario y breve estudio crítico del Código de Aguas», por Sofía Sack.	<i>Volumen V «Ciencias Económicas»</i>
B.—«Vigésima novena conferencia internacional del trabajo», por Laura García.	D.—«Naturaleza jurídica de las cooperativas y en especial de las cooperativas agrícolas», por Jorge Kalwasser.	A.—«La Caja de la Habitación y las Empresas industriales, Mineras y Salitreras en la solución del problema de la vivienda», por Hernán Escalona.
C.—«El problema de la plenitud del empleo ante las conferencias internacionales del trabajo de postguerra,	E.—«Las cooperativas agrícolas», por Raúl Franco.	B.—«El problema de la carne en Chile», por Mario Bustamante P.
	F.—«De la instalación y funcionamiento de industrias, bajo el punto de vista legal», por Jorge Ferdmann.	C.—«Industria del arroz en Chile y sus proyecciones económicas», por Hugo Olate Vásquez.
	G.—«Marcas Comerciales», por Jorge Farah . . . \$ 350	

D.—«Industria química pesada en Chile y sus posibilidades», por René Vega Muñoz.

E.—«La alimentación y la agricultura ante la Comisión Económica para América Latina», por Osvaldo Vásquez.

F.—«Evolución del Concepto del Dinero», por Juan Morizón Leclerc. \$ 300

Volumen VI «Historia del Derecho». \$ 280

A.—«El Ministerio Público en el Derecho Indiano», por Elena Rebolledo Madrid.

B.—«Esquema del Derecho Penal Militar Indiano y su Jurisprudencia Chilena», por Pedro Toledo Sánchez.

C.—«Esquema del Derecho de Minas en Chile Colonial», por Gustavo Rochefort Ernt.

Volumen VII «Medicina Legal». \$ 350

A.—«Estudio de la personalidad de mujeres delincuentes y de diversos grupos de mujeres que no han estado en conflicto con la justicia en Chile», por Loreley Friedman Volosky.

B.—«Psicoanálisis y Criminalidad»,

por Juan Salfatte Araya.

C.—«Responsabilidad penal del delirante alcohólico», por Mario Rojas Cervera.

D.—«Estudio sobre la fuerza psíquica como causal de irresponsabilidad en materia penal y civil», por César Frigerio Castaldi.

E.—«Las oligofrenias como determinantes de la delincuencia», por Elsa Fuentes Rodríguez.

Volumen VIII «Ciencias Económicas»

A.—«La Inflación», por Mario Mosquera y César Serani.

B.—«El impuesto a la cifra de negocios», por Claudio Cifuentes Betancourt.

C.—«La Marina Mercante Nacional y el Crédito Naviero», por Juana Vodnizza.

D.—«La industria de la betarraga azucarera y sus posibilidades económicas», por Fernando Le-Bert Sotomayor.

E.—«Influencia de la Educación Primaria en la Economía», por Lidia Valenzuela G.

F.—«Régimen impositivo de los Bienes Raíces», por

Rafael Le-Bert Espinoza... \$ 350

Volumen IX «Derecho del Trabajo»

A.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del Trabajo de Chile y Costa Rica», por Fernando Rayo P.

B.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Santo Domingo», por Luis Parada Dagnino.

C.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Guatemala», por Juan Latife.

D.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Perú», por Martín Molina Pérez de Valenzuela.

E.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Brasil», por Luis Díaz Barbieri.

F.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Uruguay», por María Luisa Aichele Hohmann. \$ 350

Volumen X «Derecho del trabajo».

A.—«La Ley N° 6.174 de Medicina Preventiva y el Servicio Médico Na-

cional de Empleados», por René Musalem Giacmán.

B.—«La Ley de Previsión para los Abogados», Jorge Magaña N.

C.—«La Caja Bancaria de Pensiones», por Raúl Gutiérrez Varas.

D.—«El despido colectivo de más de diez asalariados», por René Argandoña Olivares.

E.—«El problema del salario en Chile» por Clodomiro Madariaga E.

F.—«La Organización Internacional del Trabajo. Su importancia en la Política Social moderna y la legis-

OTRAS OBRAS DE LA EDITORIAL JURIDICA

Jurisprudencia Administrativa de las sociedades anónimas, por Hernán Castro Ossandón \$ 150

La Partición de Bienes, por Pedro Lira Urquieta... \$ 80

El Delito Económico, por Rodolfo Borzutzky... \$ 150

CODIGOS DE LA REPUBLICA DE CHILE

Código de Aguas, Primera edición oficial, 1948... \$ 30

lación nacional, por Porfirio Torres Muñoz. \$ 350

Volumen XI «Derecho Civil»

A.—«Síntesis de las teorías sobre la posesión», por Mariano Salas Araya.

B.—«El contrato de promesa ante la jurisprudencia», por Ignacio Gurruchaga Gurruchaga.

C.—«De los efectos de la adopción. Derecho chileno comparado», por Jorge Manushevich.

D.—«El matrimonio en el Código Civil peruano», por Abraham Ulloa.

E.—«Sociedad conyugal en el Código

Civil argentino», por Héctor Espejo. Precio del volumen... \$ 300

Volumen XII «Derecho Procesal Civil»

A.—«Del juicio ordinario de mayor cuantía», por Ignacio Rodríguez Papić.

B.—«La demanda y su ampliación», por Alvaro Barrios.

C.—«Los plazos en el Procedimiento Civil», por Régulo Arguro.

D.—«Aspecto procesal de la Ley de Impuesto a la Renta», por Fernando Silva Bravo. Precio del volumen... \$ 300

por Moisés Poblete Troncoso... \$ 165

Elementos de Derecho Constitucional chileno, por Carlos Estévez Gazmuri... \$ 250

Compendio alfabético de la legislación social chilena por Juan Díaz Salas... \$ 150

El Periodismo, por Horacio Hernández \$ 180

La Partición de Bienes, por Marcos Silva Bascuñán... \$ 140

Instituciones de Derecho Minero Chileno, 2 vols., por Julio Ruiz Bourgeois... \$ 400

El Derecho del Trabajo y la Seguridad Social en Chile,

Prontuario de Derecho Consular Chileno, por Jonás Guerra... \$ 150

Colección de Códigos de la República, Edición oficial, 3 vols \$ 1.500

Despachos a provincias contra-reembolso

EDITORIAL JURIDICA DE CHILE

Santo Domingo 1382 — SANTIAGO — Casilla 4256, Teléfono 74923

DR. S. TANNENBAUM B.
**LABORATORIO
 CLINICO**

Exámenes completos de orina, Jugo Gástrico y Duodenal, Desgarro, Deposiciones, Líquidos Patológicos, etc., etc. Reacciones de Weinberg, Wassermann, Kahn, Líquido Céfalo Raquídeo, etc., etc. Exámenes químicos de sangre: Urea, Glicemia, Acido Urico, Pruebas Hepáticas, Renales, etc., Sección Hematológica completa, Sección completa de Bacteriología: Widal Paratífus, Difteria, etc., etc. Sección Anatomía Patológica e Histopatológica.

* * *

PLAZA BULNES (NATANIEL) 31
 Teléfono 65626, Casilla 615, Santiago



NO NECESITA AZUCAR
 NI HUEVOS

PIDALO EN TODOS LOS
 ALMACENES

CHAMPU
BAYCOL
 LIMPIA
 Y CONSERVA
 SU
 CABELLERA

HILADOS
 FINOS DE ALGODON
 Y S.P.U.N-RAYON
 COMPANIA
 TEXTIL ANDINA
 S. A.
 Teléfono 50036 - Stgo.

Optica
MAIER
 OPTICO AUTORIZADO
 se despachan
 recetas de los médicos
 oculistas
 Agustinas 853, entre
 Estado y San Antonio
 SANTIAGO
 Tel. 31145 Casilla 4143

VIDAS MINIMAS

La obra máxima y más representativa del autor que este año obtuvo el Premio Nacional de Literatura,

**JOSE SANTOS
 GONZALEZ VERA**

Acaba de aparecer al precio de \$ 60. Reserve con tiempo su ejemplar, diríjase a

EMPRESA ERCILLA, S. A.
 Agustinas 1639, Fono 62225, Cas. 63-D

T R A B A J E
 Y ESTUDIE

EN LA

“UNIVERSIDAD
 POPULAR
 VALENTIN LETELIER”

QUE LE BRINDA
 LA OPORTUNIDAD QUE
 UD. DESEA

Haga su consulta a:

CARRERA 86, TELEFONO 88477
 SANTIAGO

REPARE
 SUS MOTORES
 ELECTRICOS
 EN
 SAN DIEGO
 15
 Israel Friedmann



El ahorro tiene la
belleza de la íntima
satisfacción y la
fecundidad de la
semilla.

*Inscríbase como
imponente
de la*

**CAJA NACIONAL
DE AHORROS**

El acero nacional determinará
el florecimiento de nuestros
astilleros, la producción de
maquinaria agrícola en la esca-
la que se necesite y la eman-
cipación de nuestra industria.

COMPAÑÍA DE ACERO DEL PACIFICO

Distribuidores: **CODINA**

COPEC

SODIMAC

SEGECO

ROPA
RUDDOFF

*El sello de
Distinción
conocido en todas partes*

SALVADOR SANFUENTES 2853

NI AL HACER TRAJES NI
AL LEGISLAR PROCEDE EL
HOMBRE SIMPLEMENTE POR
AZAR, Y SU MANO VA SIEM-
PRE GUIADA POR MISTERIO-
SAS OPERACIONES DEL ESPÍ-
RITU. EN TODAS SUS MODAS
Y TRABAJOS PREPARATORIOS
SE ENCONTRARÁ ESCONDIDA
UNA IDEA ARQUITECTÓNICA;
SU CUERPO Y SU TRAJE SON
EL SITIO Y LOS MATERIALES
EN EL CUAL Y CON LOS
CUALES HA DE EDIFICARSE
EL EDIFICIO EMBELLECIDO
DE SU PERSONA.

CARLYLE / Sartor Resartus



ROPA
Ruddoff

SUCURSALES: SANTIAGO - VALPARAÍSO Y CONCEPCIÓN

Precio del ejemplar \$ 30 m/ch.